

SAN JOSE, COSTA RICA

30 de Mayo de 1914

Año IV



Nos 81-82

RENOVACIÓN

PUBLICACION QUINCENAL

dirigida por CARMEN LIRA



CAMILO CRUZ SANTOS y FRANCISCO SOLER

AUTORES DE LA COMEDIA *La Iniciación*

LITERATURA, CIENCIAS
Y
CRITICA BIBLIOGRAFICA

40 cénts.

RENOVACIÓN

PUBLICACIÓN QUINCENAL

LITERATURA + CRÍTICA BIBLIOGRÁFICA

FALCÓ, ZELEDÓN & CÍA., EDITORES

CONDICIONES DE ABONO:

Costa Rica, trimestre..... ₡ 1.00
Extranjero, año..... \$ 2.00 oro am.

ADMINISTRACION:

Esquina frente al Correo — LECTURA BARATA — Apartado Número 638

REVISTAS IMPORTANTES

cuya agencia en Costa Rica sirve la "Lectura Barata"
de Falcó, Zeledón & Cía.

NOSOTROS

Importante revista literaria y científica, argentina.

REVISTA DE REVISTAS

Interesantísima y muy amena publicación editada en la capital de México.

MUNDIAL

La mejor revista artística que actualmente se publica en español.

ELEGANCIAS

La que da mejor y más completa idea de la marcha de la moda parisién y deleita a la vez con su amena lectura.

MUSEUM

Revista mensual de arte español antiguo y moderno. Estudió la producción pictórica más famosa de España y reproduce sus más geniales obras.

LA ESPAÑA MODERNA

De legendaria fama continental

REVISTA GRÁFICA

Llena de interesantes datos y notas gráficas de actualidad.

HOJAS SELECTAS

Cuya excelencia es ya ventajosamente conocida en San José.

THE MUSICAL OBSERVER

Revista mensual, cada uno de cuyos números contiene diez piezas escogidas. El suscriptor, pues, tendrá *ciento veinte* obras musicales por CINCO COLONES.

LAS MARAVILLAS DEL MUNDO Y DEL HOMBEE

Obra que constará de 50 entregas compuestas de 32 páginas. Esta obra constituye una revista de las más asombrosas maravillas del mundo. Valor: 50 céntimos el cuaderno.

TIERRA!

Periódico semanal defensor del sindicalismo moderno. Precio: 5 céntimos el número.

San José, Costa Rica

30 de Mayo de 1914

RENOVACIÓN

LITERATURA - CRÍTICA BIBLIOGRÁFICA

Año IV

FALCÓ, ZELEDÓN & Cía., EDITORES

Nos. 81-82

LA INICIACIÓN

Comedia en tres actos, original de Francisco Soler y Camilo Cruz Santos

Allá van esos muchachos que empiezan a desandar el camino de los viejos... Todos han roto la máscara de la tragedia. Disfrazan el rostro con una sonrisa: sonrisa franca y alegre; sonrisa triste y dolorosa; y en otros, sonrisa despectiva, mueca que hace pensar.

Algunos son de nuestra época. No se avergüenzan de sus vicios. Tienen el orgullo de sus virtudes... No son tipos de aquí, ni de allí, ni de ninguna parte: hablan su propio idioma; viven su propia vida.

¿Son buenos? ¿Son malos?

¡Qué más da!

Son cifras sueltas de una ecuación humana que no hemos querido despejar...

PRIMER ACTO

Bajo el sol indeciso de un largo crepúsculo de verano, riega Luz las plantas de la terraza que prolonga hacia el fondo un jardín lleno del oro flotante en el ambiente.

Atenúase su figurilla menuda en la sombra de la casa-quinta que, a la izquierda, vestida de musgo y de hiedras, abre dos puertas oscuras y vacías...

A lo lejos canta un pájaro.

Acompáñalo suavemente el ruido del agua que cae de la regadera balanceada en silencio por Luz, que tiene el alma en cosas tristes.

ESCENA I

LUZ y ANGELA

ANGELA, *antes de entrar en escena.*—Luz! Luz! ¿Qué te has hecho?

LUZ.—Estoy aquí. En la terraza.

ANGELA, *penetrando alegre, en traje de amazona, con una fusta en la mano.*—Si vieras cómo nos hemos divertido! (*Acercándose. Con jactancia.*)—Me quiso botar la yegua alazana. Imagínate que al pasar el tren del mediodía, el animal se asustó y hubiera dado conmigo en tierra, si no le sujeta por la brida, castigándole con el látigo.

LUZ.—Por lo visto a tí tales percances te agradan.

ANGELA, *maliciosa.*—¿A qué mujer no le encanta haber estado a punto de caer?

LUZ.—Sí, es cierto. Lo que importa es saber poner el punto.

ANGELA.—Ay! hija, te veo venir! Con esa cara que pones, ahora mismo te vas a descolgar con un manual de filosofía, puntuado .. y todo!

¿No te parece mejor que pongamos ya puntos pesivosos?

LUZ, *sentándose en un escaño.*— Si te empeñas. .

Ahora que recuerdo, no deben tardar mucho los amigos que vienen de la capital a pasar la velada con nosotras. Es tarde y no has comido; luego tendrás que vestirte porque nosotras hasta en el campo hemos de ser un acerico cargado de alfileres ..

Qué pocas ganas tengo de recibir visitas...

ANGELA, *con impaciencia mal disimulada.*—Siempre la misma! Luz, oye: tú estás desahuciada, imposible! Todo te abruma, todo te fastidia, a todo le haces mal gesto. Esta mañana no quisiste montar con nosotros; el domingo pasado renunciaste al picnic que hicimos a la orilla del río, y en el último baile, mientras todos en el salón nos divertíamos, tú rezabas en la alcoba con más

fervor que una beata cuarentona. Parece que la vida se hubiera reducido para tí a cuidar indolentemente de unas cuantas flores.

LUZ.—Al cabo, las flores que me de la tierra han de ser siempre más nobles, o más inofensivas que las que tú recojas en los salones.

ANGELA, *con suficiencia*.—La habilidad consiste en no espinarse ni con unas ni con otras.

LUZ.—Quién lo duda! Sólo que mientras aquéllas enervan algunas veces, las mías son como las almas buenas, que sacan de la negrura donde tienen las raíces, el colorido de sus pétalos perfumados...

ESCENA II

LUZ, ANGELA, JOSÉ

Rompe el diálogo la entrada del viejo jardinero que viene para llenar la regadera vacía

ANGELA, *alzando los ojos*.—Allá vienen gentes a caballo... Decididamente, son ellos. Me voy. Pero déjame antes robarte esta rosa Príncipe Negro, para que les dé una leccioncita de moral a las flores que de seguro recogeré esta noche...

Corta la rosa de la maceta.

Voy a quitarme este disfraz. Hasta luego!

LUZ.—Avisale a tu madre que ya están aquí los amigos.

ANGELA.—Pierde cuidado.

Se va por la primera puerta.

JOSÉ.—Señora: le parece que llene otra vez la regadera? Cuidao que esas matas se van a tragar toda el agua del estanque... Por ésta!

Besa los dedos en cruz.

Pero no me está oyendo, señora?

LUZ, *abstraída*.—Sí, sí; no la llenes más. Vé a guardarla.

JOSÉ.—No, no es eso; es que la veo como muy triste.

Algún otro disgusto con el señor... Bien me lo decía yo! Este me daba mala espina, pero cuando yo pensaba en el otro; en que usted se iba a casar con él, con el que se fué, me quedaba frío; porque por raro que éste me parezca, todavía era peor aquél...

LUZ, *contrariada*.—Calla, calla. No te mezcles en lo que no te va ni te viene.

JOSÉ.—Ah! señora; lo que va de ayer a hoy! No me decía usted eso, cuando yo la sentaba en mis rodillas y le contaba las con-

sejas de mi abuelo, mientras usted me tiraba de las barbas.

LUZ, *dulcemente*.—No seas tonto, no lo tomes a mal; si yo no he olvidado nada... Pero déjame, ve a guardar la regadera...

José toma la regadera y penetra por la segunda puerta. Luz le da un vistazo a las flores, sacúdense las manos y se arregla un poco el cabello; tócase el traje; se sienta en una de las mecedoras rústicas.

ESCENA III

LUZ y DOÑA ENCARNACIÓN

Doña Encarnación sale por la misma puerta por donde entró Angela primero, con un libro en la mano. y se acomoda en una mecedora, cerca de Luz.

DOÑA ENCARNACIÓN, *suspirando de satisacción*.—Gracias a Dios que tenemos gente hoy! Porque aquí solas, viéndote bostezar a tí y oyendo rezongar a tu madre, se aburre una tanto!

Me temía mucho que lloviera y nos quedáramos sin ellos, como aquél domingo en que sólo vino tu marido, tu marido... hija.

LUZ.—Me alegra por todos, y más que nadie, por usted tía, siempre tan sociable.

DOÑA ENC.—Ah, sí! Yo todavía me siento en mis veinte!

Pasa aquí que yo soy la vieja y la chochera te ha dado a tí. Si parece que tú hubieras nacido con arrugas y canas... Tú nunca fuiste alegre... Pero ahora... Los malos matrimonios son así!

LUZ.—En cambio, es usted feliz, aun conserva esa juventud del espíritu que no desgastan los años.

Y la deajo, tía; vienen; ya están aquí!

Entra Luz con presteza por la primera puerta. Doña Encarnación, en pie, atisba y vuelve a sentarse. Entran Marcelo y Roberto en traje de montar.

ESCENA IV

DOÑA ENCARNACIÓN, ROBERTO y MARCELO; después LUZ.

MARCELO.—Buenas tardes, doña Encarnación.

Tiende la mano la señora.

Aquí me tiene usted, a pesar de mi fama de hurafío y misántropo.

DOÑA ENC., *en extremo complacida, estrecha la mano de Marcelo.*—Bienvenidos sean. Los esperábamos con ansia.

ROBERTO, *tendiendo a su turno la mano a doña Encarnación, con su franca sonrisa habitual*—¿Qué tal? Tanto gusto, señora!

Tiene usted a los dos mosqueteros *ad portas*, con la sana intención de divertirse mucho. Y usted, siempre leyendo?

DOÑA ENC.—Sí ¿qué le parece? Estoy con la cabeza abombada. Figúrese usted, dos horas de leer clavada en este sillón!

Pero vamos a ver qué nueva diablura se le ocurre a usted.

... ¿No viene nadie más?

ROBERTO.—En el tren de las cinco y media, no han de tardar.

MARCELO.—A papá el sillón ministerial lo ha reblandecido, y naturalmente prefiere las comodidades de un vagón de ferrocarril y un kilómetro de coche, a cabalgar un par de horas.

ROBERTO.—Achaques de ministros, hombre! Don Andrés se ha acostumbrado a viajar retratado en los periódicos!

DOÑA ENC., *sonriendo.*—Jesús, qué hombre!...

Entonces voy ahora mismo a ordenar que vaya el tilbury por ellos a la estación. No me gusta hacer esperar a nadie.

LUZ, *apareciendo en la terraza, de improviso.*—No tía, no vaya usted! Ya lo mandé yo... Muy buenas, señores. Me había escondido por la facha, creyendo que venía gente...

MARCELO, *afable.*—Mil gracias!

LUZ.—Gente extraña, quise decir.

ROBERTO, *en tono melodramático se adelanta hacia Luz.*—¡Luz! «Luz de donde el sol la toma!»

LUZ, *sonriendo afectuosamente.*—Hombre! Va a dejar el mundo a oscuras! No sea aduador.

Roberto estrecha la mano de Luz, y se aparta para que lo haga Marcelo, volviendo al lado de doña Encarnación.

MARCELO.—Después de todo nada se perdería con volver al caos en donde nos hallábamos sumidos antes de que esta lumbrera viniese al mundo.

Señala a Roberto, y estrecha con cariño las dos manos de Luz, añadiendo en voz baja:

Qué ganas tenía de verte!

LUZ.—Estoy por decirte que yo no: me tienes enojada; hace lo menos un mes que no te charlamos. No te prodigas mucho...

MARCELO.—Un mes sin que echemos un palique: ¡es atroc!

DOÑA ENC., *interrumpiendo su conversación con Roberto.*—Quien no los conociera pensaría mal oyéndolos!... Por Dios, siéntense señores!

MARCELO.—Le advierto, señora, que no hemos de sentarnos, mientras no le den de comer a Roberto, que viene con un hambre feroz: la de siempre.

ROBERTO.—Tú exageras...

DOÑA ENC.—No se apene usted! Yo sé lo que es ser muchacho. Vamos, le tocará a usted comer con Angela, que acaba de sentarse a la mesa en compañía de Antonia. Marcelo: ¿y usted no nos acompaña?

MARCELO.—Mil gracias! No: en casa se come muy temprano.

Se sienta al lado de Luz.

DOÑA ENC.—Por lo menos una copita.

MARCELO.—No, mil gracias, señora.

DOÑA ENC.—Entonces, con permiso. Venga Roberto.

Ambos se levantan.

ROBERTO, *alejándose.*—Supongo que a mí, teniendo en cuenta mi estado, tampoco me negarán el permiso. *Entran en la casa.*

ESCENA V

LUZ y MARCELO

LUZ, *con su dulzura peculiar.*—¿Qué ha sido de tu vida? ¿Por qué no habías vuelto? Antes montabas y venías a vernos todas las tardes.

MARCELO.—Tú lo debes suponer. En primer lugar, por mis estudios de Derecho; y después, talvez Angela imaginaria que mis asiduidades eran para ella, y no por la antigua amistad que tengo contigo; cosa bien ingrata para mí que no quiero mortificarla a menudo con mi presencia, desde las frases duras, casi agresivas, que tuvo para mí la última vez que reñimos, y de las cuales deduje que no soy más que un estorbo a su porvenir.

LUZ.—¿Crees sinceramente lo que estás diciendo?

MARCELO.—¿Por qué no? Ella es una mujer... yo, apenas un muchacho que hace su carrera.

Luz.—Y desde cuándo la edad define a los hombres en la vida?

MARCELO.—Comprendo y agradezco tu pensamiento.

El problema sencillamente es este: en mí hay dos personalidades: la cifra *yo*, en sí misma, que tiene un valor cualquiera, el que pueden darle mis estudios, mi educación, mi capacidad individual, si es que tengo alguna; y el *otro yo*, mi exponente social, la influencia de mi padre, lo que yo puedo dar de mí efectivamente, el talento que a la sociedad le ha placido concederme, mi valor extrínseco, en fin.

La primera cifra es inadvertida por las gentes: la última es la que yo tomo en cuenta cuando pienso en Angela.

Luz.—¿Y qué?

MARCELO.—Nada, que de la diferencia arbitraria de esos dos valores que hay en mí, nace mi imposibilidad actual de ofrecer a ella lo que otro, talvez de menos kilates que yo, podría ofrecerla ahora mismo, si ella consintiese: la perspectiva segura de un hogar lleno de elegancia y refinamientos, el sueño dorado de las mujeres frívolas... encantadoramente frívolas.

Bajando la voz.

Luz: sin saber cómo te hecho una disertación empalagosa; perdóname!

Luz, *sin darse cuenta.*—¿Y en esa combinación no suma el amor?

MARCELO.—Así parece.

Luz.—Pero es que tú no crees en el cariño de Angela para tí?

MARCELO.—A veces creo. Ahora no creo.

Luz hace un gesto de duda, y Marcelo prosigue.

Por qué trata de mortificarme infundiéndome celos? Acaso no comprende que soy incapaz de sentirlos; que no concibo el amor lleno de torturas; el que se trate de humillarme, de coartar mi libertad, de romper mis viejas amistades. Acaso no comprende que el amor es la libertad en una comunión suprema?

Pero no se imagina que yo puedo ser un novio vaciado en yeso, consecuente con el manual amoroso que las mujeres superficiales han fabricado para el uso de los siete-mesinos que flirtean con la flor en el ojal, la cañita en la mano y los ojos en blanco..., como el cerebro!

Se equivoca.

Algunas veces me reñía porque me retardaba un momento conversando con cualquier amigo, y en cambio, cuántas llegué a la hora habitual y ella andaba por allí, de visíteo.

Luz.—¿Eso te resentía?

MARCELO.—Al contrario: todo ello está con mi modo de sentir. Para mí el amor—ya te lo dije—es la unión en la más absoluta libertad. Lo que me chocaba era la falta de lógica: contrariarme a mí con reproches, por cosas que ella hacía con más frecuencia y con verdadera voluptuosidad, y que yo no tomaba ni siquiera en cuenta.

Luz.—Recuerdo que en cierta ocasión me dijiste que en el amor, como hasta en el más nimio incidente del vivir, ha de entrar el cálculo, y que por lo mismo debemos renunciar a todo aquello que nos da menos gozo del que nos quita. Si tus relaciones con Angela te ocasionan más pena que placer ¿por qué no las cortas de raíz?

MARCELO.—Lo he intentado. No hace mucho, cuando puso todo empeño en hacerme romper con Roberto, el mejor de mis amigos, infundiéndome celos con él, estuve cerca de dos meses sin hablarla. Pero acontecía que, cuando a las horas de costumbre, pasaba frente a su casa, que, como sabes, está en la calle de la mía, oía siempre en el piano el mismo vals, un vals que ella sabe lleno para mí de dulces evocaciones, de recuerdos de instantes felices, ya muertos, que nos fueron comunes..

Luz.—En realidad, es cruel.

MARCELO.—Sí, es cruel mi situación, tan cruel que ya el Dante la había imaginado al inventar los tormentos de su *Infierno*. Acuérdate:

«No hay mayor dolor en los dolores que en vano recordar tiempos mejores desde el fondo del misero destino».

Moviendo la cabeza lentamente.

¿Qué se proponía? ¿Atraerme de nuevo o martirizarme?

Luz.—Tú creíste lo primero... y por eso volviste.

ESCENA VI

Dichos y ANGELA

ANGELA, *llegando apresuradamente a la terraza.*—Tu marido, Luz! Tu marido acaba de llegar en el coche!

Luz, *extrañada*.—¿Nicolás?

ANGELA, *impertinente*.—No, el otro.
¿Cuántos tienes, pues?

Luz, *casi como hablando para sí*.—Era tiempo; llevamos dos meses de veraneo y sólo una vez ha venido por aquí.

ANGELA.—Si no me equivoco está enfermo. Según me dijo, no era su propósito llegar con los paseantes: la casualidad los reunió en el tren.

Luz, *volviéndose*.—Voy a verlo, Marcelo.

Marcelo asiente con una inclinación de cabeza. Luz se aleja un poco.

ANGELA.—Espéranos, vamos contigo.

Consultando a Marcelo con la mirada. Luego en tono confidencial:

Juraré que le sorprende más a Luz verlo ahora, que si se le apareciera diez años después de muerto.

Se van todos por la puerta primera.

ESCENA VII

José

Entra cargado de sillas que ordena en silencio. Regresa por donde entró.

ESCENA VIII

MARCELO y ROBERTO

Se han adelantado un poco y charlan de pie.

MARCELO, *en voz baja*.—Cómo has hecho para soportar tanto tiempo la charla de doña Encarnación?

ROBERTO.—Te equivocas, chico: me he divertido en su compañía de lo lindo. Figúrate que me le puse romántico, bañado en luz de luna y en efluvios primaverales, y le hablé de amores: la enternecí! La enternecí!

Quieres apostar algo a que la próxima vez que vengas la encontrarás de negro, con los rizos blancos sobre la frente, leyendo a la pálida luz de una pantalla ..

MARCELO.—No veo la razón.

ROBERTO.—Vaya! Tiene gracia! pues porque le he asegurado con mucha formalidad que nada hay tan poético, con tanto sabor antiguo, como una dama enlutada con las guedejas níveas sobre la frente, que lee un libro junto a una lámpara de luz difusa...

MARCELO.—En tal postura, esa señora merecería un sitio al lado del sillón ministerial de papá.

ESCENA IX

Dichos y DOÑA ENCARNACIÓN, DOÑA ANTONIA, FERNANDO, DON ANDRÉS, LUIS, BLANCA, GRACIELA y ANGELA.

Van llegando escalonadas a la terraza. Primero las dos señoras; después don Andrés y Fernando; en seguida Blanca, Graciela, Angela y Luis. Se sientan en ese mismo orden. Debe haber una silla vacía al lado de Luis y Angela.—Roberto y Marcelo son los últimos que se sientan, uno al lado del otro.

ROBERTO, *se dirige a Luis, señalando a Blanca*.—Amigo Luis, está usted a noventa días vista! Siéntese al lado de su novia; hágase efectivo.

Se levanta y da el brazo a Blanca llevándola al lado de Luis.

BLANCA, *a Roberto, en voz baja*.—Ay! qué pesado es usted!

LUIS, *a Roberto*.—Es usted el extracto de la amabilidad.

DOÑA ENC., *que durante los diálogos anteriores ha mantenido un palique con sus vecinos, alzando la voz*.—Oh! Esto es horrible! Y aun permanece el crimen en el misterio?

D. ANDRÉS.—Le aseguro a usted que es conmovedor.

Los celos! Una mujer que muere a manos de su amante!...

DOÑA ENC.—El amor!... El amor!...

MARCELO.—El amor no. El verdadero amor ni muere ni mata.

ANGELA, *mirando a Marcelo*.—El amor que no está dispuesto hasta morir, o matar, no es amor.

LUIS, *despectivamente*.—Es un mito.

DOÑA ANT., *muy formal*.—La culpa de todo esto la tiene la falta de religión.

GRACIELA, *con aire medroso*.—Ay! A mí me da un miedo... porque los novios son muy malos .. Raro es el día en que no matan a una pobre muchacha.

Tan malos que son los novios...

Luis trata de tranquilizarla, en voz imperceptible para el público.

ANGELA, *haciendo señas a Marcelo de que vaya a sentarse junto a ella, en tono mesurado*.—Marcelo... *Este accede y ocupa la silla vacía junto a Angela.*

D. ANDRÉS, *en tono oratorio*.—En mi alta concepción del deber, hallo disculpa siempre, siempre soy magnánimo, para aquellos desgraciados, que, en un arranque pasional,

viendo o sospechando mancillada su honra, acaso locos, se arrojan con noble ira sobre el pérfido seductor o sobre la esposa fementida en quien habían puesto toda su confianza, y castigan la artera traición con la muerte!

MARCELO, *muy calmoso*.—La muerte a quien nos amó y dejó de amarnos. ¿No es eso, papá? Como si por cuanto una mujer nos quiso en un tiempo, tuviera la obligación de querernos toda la vida.

D. ANDRÉS.—Cabalmente.

MARCELO, *con energía, pero sin alzar la voz*.—Pues bien, yo aseguro lo contrario. Por ventura tenemos el derecho de exigir lo que no damos? Acaso nosotros las amamos y les somos fieles toda la vida? Nuestra existencia de novios, de maridos o de amantes, no está sembrada de falsías y de traiciones?

Que amamos a una mujer y nos engaña? Si la traición mata el amor, dejémosla en buena hora gozando de su libertad; pero si a pesar del engaño seguimos amándola, por qué vamos a torturarnos dándole la muerte, separándola de nosotros para siempre?

DOÑA ANT.—En mis tiempos no pasaban esas cosas, porque había más temor de Dios.

D. ANDRÉS.—Y el respeto social? ¿Y el honor?

MARCELO.—El honor!... Bah!... Nada tan convencional! Prácticamente se reduce, en síntesis, a la buena opinión, en que los otros nos tengan, a la estimación que se sirvan concedernos; y plegarnos al parecer ajeno, equivale a vivir de limosnas morales. Eso queda para los mendigos!

ROBERTO.—De acuerdo, mi querido Rothschild!

DON ANDRÉS, *siempre enfático*.—Sin embargo, es preciso, indispensable, respetar los fueros del medio en que nos movemos, cumplir las cláusulas del Contrato Social de Juan Jacobo Rousseau!

MARCELO, *sonriendo irónico*.—Excelente!... Muy pintoresco es todo eso .. Pero no vemos todos los días que la sociedad, esa respetabilísima sociedad cuyos fueros esta defiende, no se preocupa mucho ni poco por hacerlos acatar? No tendemos, sin ruborizarnos, la mano a usureros sin entrañas, a tahures empedernidos, a caballeros de industria y a matronas con historia oficial, que se

pavonean triunfalmente en nuestros bailes de gala?

Es que no siguen siendo muy simpáticos los bribones con dinero, y que la Prensa no sigue calificando cotidianamente de honorables a negociantes quebrados o a incendiarios?

ROBERTO.—Sí, y sobre todo a los incendiarios que tanto se empeñan por el ornato municipal y el alumbrado público.

MARCELO.—Déjame en paz!

Es que la prensa no sigue calificando de caballeros a ciertos sujetos muy conocidos, que aceptan con santa y festiva resignación todas las complacencias de sus mujeres, haciendo de ellas los peldaños por donde escalan todas las posiciones?

DOÑA ANT.—Es el resultado de esa Prensa inmoral.

ROBERTO.—Y sin honradez, que es el peor. Yo cuando veo venir a un periodista me abotono la americana...

MARCELO.—En qué forma, pues, ejerce la sanción esa sociedad celosa de sus fueros y señoríos?

La sanción, no existe, ni puede existir, porque esa sociedad la forman, en parte, esos mismos usureros, esos mismos tahures, esas mismas damas sospechosas y esos mismos rufianes!

Ahora bien, dar muerte a una mujer a la que se ha amado con toda el alma, y a la que talvez se seguirá amando, para complacer tradiciones de la Edad Media, es cobarde y salvaje.

Expectación en el auditorio.

ROBERTO, *con la intención de poner fin a la conversación, rápidamente*.—Marcelo: a propósito de altas posiciones, en qué se parecen nuestros hombres públicos a los libros de una biblioteca?

Volviéndose un poco.

A ver, don Andrés, qué dice usted, señor Ministro, que los conoce tanto?

D. ANDRÉS, *lleno de vacilaciones que indican un esfuerzo mental, no tartamudeo*.—Pues amí... se me ocurre... pues que... sí, sí... eso es... sí... que los libros se parecen a los estadistas en que... entre todos completan el saber!

Dirige en derredor una mirada triunfal.

ROBERTO.—No, señor Ministro, no ha acertado usted. Los libros de una biblioteca

se parecen a nuestros hombres públicos en que los más inútiles son los que están más arriba.

D. ANDRÉS, *un poco amoscado*.—Muy bien... muy bien.

Todos sonríen. Pausa general.

FER.—Volviendo al tema en discusión, dime, Marcelo, ¿crees tú que manden a presidio a ese matador de mujeres?

MARCELO, *en tono natural*.—En este país no va a presidio ninguna levita. Sólo se castiga a los delincuentes vulgares. El estafador elegante, el homicida de zapatos lustrados gozan de una inmunidad envidiable, y hasta suelen perdonarnos la vida y mirarnos con aire de protección. *Ironía muy fina.*

Es curioso: un modesto empleado fiscal se arregla el modo de ganarse 30 ó 40 mil pesos en un par de años, y ya se le tiene por culta personalidad; otro de más alto rango administrativo, *distrae* en cualquier combinación financiera, doscientos mil, y hay motivo suficiente para que los diarios le califiquen al pie de su retrato, por lo menos, de *honorable caballero*, en la primera ocasión...

LUIS, *interrumpiendo a Marcelo*.—¿Y si se roba un millón?

ROBERTO, *rápido*.—Chico, aquí al que se roba un millón de pesos el Congreso lo declara Benemérito de la Patria!

Hilaridad general.

DOÑA ANT.—Hasta ahora recuerdo, Andrés, que me han dado el encargo de pedirle algo. Tendría usted algún inconveniente en cedernos el Teatro Nacional? Estamos organizando una velada cuyo producto líquido se destinará a la protección de «La Gota de Leche», que queremos quede a la altura de las de París y Berlín.

Es un proyecto viejo que tenemos varias amigas, de la Sociedad de San Vicente de Paúl.

DON ANDRÉS, *muy complacido*.—Antonia, cuente con ello desde luego. Usted comprenderá mi anhelo porque mi paso por el Ministerio sea fecundo en obras pías.

DOÑA ENC., *con entusiasmo desbordante*.—La velada resultará encantadora! Todos nuestros artistas líricos colaborarán! Pondremos un cuadro plástico! que se me ha ocurrido a mí! ¿Qué les parece?

LUIS.—Como suyo debe ser interesante. ¿Cuál es?

DOÑA ENC.—Romeo y Julieta en carácter, abrazados, sobre un balcón florido, al despertar del alba...

FER.—¿Y la alondra?

LUIS.—No les parece más práctico que vayamos a despertar el espíritu bailando un rato en el salón. Graciela tocará el piano, y la turnará Blanca.

GRACIELA, *poniéndose en pie*.—Eso es! Eso es!

ROBERTO, *levantándose*.—Admirable!

BLANCA.—Sí, sí, vamos!

FER.—A bailar!

ROBERTO.—Blanca: la primera pieza para Luis, y la segunda para mí, si usted es tan amable.

BLANCA, *a Roberto*.—Concedido, ni una palabra más.

D. ANDRÉS.—La juventud! «¡Oh la juventud, primavera de la vida!»

Todos se dirigen a la casa, entrando por la primera puerta. Se alejan poco a poco charlando. Angela y Marcelo se quedan atrás. Cuando sólo los dos están en la terraza, ella deja caer la rosa que lleva sobre el pecho. Marcelo la recoge.

ESCENA X

MARCELO y ANGELA

ANGELA, *al recibir la rosa que Marcelo le presenta fríamente, silencioso, con falsa sonrisa*.—Gracias, Marcelo...

MARCELO.—De nada, señorita.

ANGELA, *burlona*.—De nada, no; me ha devuelto usted una rosa mía...

MARCELO.—Ah! Ya entiendo... eso la ofende...

ANGELA.—Con que ya entiendo... Me alegro.

MARCELO, *incisivo*.—No creo haber dado motivo...

ANGELA.—¿Motivo para qué?

MARCELO.—Pues para tanta generosidad.

ANGELA, *con desenfado*.—Yo soy así; pago en mejor moneda de aquella en que cobro... Amigo mío: ha sido usted tan galante conmigo esta noche!...

MARCELO, *le arrebató la flor y la coloca en la solapa*.—Bien; le tomo la palabra; me quedo con la rosa. Y si no la atendí antes fué temor de mortificarla...

ANGELA, *mal intencionada*.—No será la primera vez que se queda con una flor mía.

MARCELO.—En efecto...

ANGELA.—Sí; reincide usted... Recuerdo que en una noche en que me negaba a darle una flor como ésta. *Usted... sí, usted... indignado, furibundo!*—al despedirse de mí para siempre—no porque usted lo quisiera, sino porque lo deseaba yo—me la arrebató, sonriendo esa misma sonrisa de mármol con que disfraza la aspereza de su alma impulsiva.

MARCELO.—Ah! sí, y usted, impasible, sin una sola protesta, me vió colocarla en el ojal. Y juzgándola quizá una herida sobre mi pecho, viene esta noche tras la sangre de aquella herida.

ANGELA.—Pues vea usted lo que son las cosas, francamente, no recordaba este último detalle.

Se sienta.

MARCELO, *en pie al lado de Angela*.—A la verdad, no tiene usted una memoria muy feliz.

ANGELA, *enérgica*.—Y bien, supongamos que sí me acordara; quien ha abierto una herida no está en el deber de aliviarla?

MARCELO, *fingiendo indiferencia*.—Bah! es ya tarde. Hace tanto tiempo que está cicatrizada esa herida!

ANGELA, *con intención*.—¿Está usted convencido?

MARCELO.—Convengamos en que la herida sigue abierta.

ANGELA.—Pues nada, que teme usted que so pretexto de aliviarla, la ahonde más.

MARCELO.—¿Pero se figura usted que le tengo miedo?

ANGELA, *resuelta*.—Sí!

¿Por qué huye de mí?

MARCELO, *sentándose frente a ella, sereno*.—No, Angela, no; escúcheme: no le huyo; no le tengo miedo; porque lo que poseo de usted, de su ser íntimo, no me lo puede arrebatarse nadie.

...Si yo le dijera que no necesito que usted me ame para amarla. Hay más: yo la amo y no quiero que usted me ame. Es preferible dar, sin recibir nada en pago, que transar a tanto por tanto.

Angela: mañana alguien podrá llevársela a usted: podrá llevárselo todo, menos lo que tengo ahora yo!

ANGELA.—¡Qué aplomo!

MARCELO.—Y oiga una opinión que puede serle útil: cátese con don Ernesto. Sí; cátese con él. Estoy seguro de que usted llegará a amarle. Algunas mujeres tienen predilección por los hombres así... por esos que se les entregan enteramente, en tanto que los hombres superiores, viven solos, no les dan más que una parcela de su propia vida, porque viven más para sí mismos y para la humanidad...

...Y vuelvo a repetirle que lo suyo que hay en mí, no podrá arrebatármelo nadie.

ANGELA, *impaciente*.—Y cuándo, y cómo y con qué derecho se adueñó usted de algo mío?

MARCELO, *tranquilamente firme*.—Nunca y siempre. Nunca, porque en realidad nada le he quitado. Siempre, porque siempre la he llevado en mí; y como sé defender lo que guardo, de aquí no ha de salir jamás!

Señalando el corazón.

ANGELA, *sarcástica*.—¿Jamás? No sea usted ingrato! ¡Alguna vez me lo devolverá; quién sabe; cuando obedezca su consejo... Cuando me case...

MARCELO.—Hace usted bien en mofarse de mí. No debemos comprometer al tiempo: el corazón es casa que cambia de inquilinos...

Telón rápido.



SEGUNDO ACTO

Soaré en los salones de don Ernesto Obregón, casado hace poco más de un año con Angela.

En primer término, un gabinete graciosamente elegante, con juego de muebles Luis XV, cuadros de estilo Watteau, y bibelots.

Contiguo al gabinete, un saloncito de ancha entrada, visible en parte.

La amplia arcada del gabinete, deja ver un hermoso salón que cierra el fondo.

Véase cruzar por el gabinete algunas parejas que cuchicheando y sonriendo se pierden. Atrás van Graciela y Roberto, quienes con aire jovial se sientan en el sofá, solos, en tanto que las otras parejas, en pie o sentadas, forman corros en el salón, de donde paulatinamente van y vienen a la galería contigua, que apenas se adivina en la izquierda.

La perspectiva es espléndida y hay luz en abundancia que derraman las arañas eléctricas.

ESCENA I

ROBERTO y GRACIELA

GRACIELA, *continuando una conversación empezada*.—...¡Qué divertido es usted!...

Coqueta, muy coqueta.

Ya no puedo más!... Me ha hecho usted reír tanto en la mesa... ¡Qué loca!...

ROBERTO.—¿Burlitas a mí? ¡No faltaba más!

GRACIELA.—Si no es de usted, Roberto, sino de sus ocurrencias. Suelta usted cada chiste... ¡Qué afortunado ha sido hoy!...

Es el hombre más gracioso del mundo, decididamente!

ROBERTO, *simulando gravedad*.—Eso va en serio? Pues no me hace usted mucho favor. Le prometo que en el primer circo que halle me contrato como *clown*.

GRACIELA.—¡Qué loco es usted! ¡Pero qué loco! ¡Jesús!

ESCENA II

Dichos y UN CRIADO

que recorre las salas con una bandeja de tazas de té y de café. Se acerca a la pareja y les ofrece.

ROBERTO, a *Graciela*.—¿Té o café?

GRACIELA. Prefiero el café.

ROBERTO, *zumbón*.—Es más espiritual...

GRACIELA. ¿De veras?

Roberto le ofrece una taza de café y toma otra para sí. El criado se aleja haciendo una reverencia. Ambos lo prueban.

GRACIELA.—¡Qué rico aroma! Buen café...

ROBERTO.—Ha tenido usted suerte, porque el mío está más amargo que un diputado de la oposición.

GRACIELA, *sonriente*.—Ya empieza...

ROBERTO, *con aire confidencial*.—Usted que ha sido tan complaciente conmigo—¿se acuerda de la temporada veraniega de hace dos años, en la quinta de doña Antonia?—quiere permitirme probar su café... puede quedarse con el mío...

GRACIELA, *fingiendo enojo*.—¡Qué pretensiones! Gracias, no se moleste!

ROBERTO.—Perdóneme, Graciela. Lo hacía por mera curiosidad... el café podría contarme ciertos secretillos suyos que me agradaría conocer...

Ambos siguen tomando sorbos a largos intervalos. Ella de vez en cuando se muerde los humedecidos labios.

GRACIELA, *ya en tono jovial*.—Quédese con la curiosidad. Además, el café es muy discreto; nada le diría.

ROBERTO, *con énfasis impuesto*.—¡Dis-

creto el café! Si no conozco un charlatán más locuaz!

GRACIELA.—Bueno. Quiere usted contarme siquiera una de tantas indiscreciones del café? Una sola no más.

ROBERTO.—Le advierto que no me constan. Sólo las sé de oídas...

GRACIELA.—Tiene usted un modo, que parece que se estuviera burlando de mí.

ROBERTO.—Ah! no lo crea. Soy incapaz!
Muy insinuante.

...Pero deme usted un sorbo, uno solo, un sorbo y nada más.

Rápidamente arrebatada la taza a Graciela y bebe.

GRACIELA, *enojada*.—¡Atrevido!

ROBERTO, *ctnicamente*.—Curioso... nada más que curioso, señorita.

Al fin he matado la curiosidad, conforme manda el célebre consejo de Madame Staël: me he librado de la tentación, sucumbiendo en ella...

Es el modo más fácil que se conoce...

GRACIELA, *otra vez de buen humor*.—Está perdonado; mas con la condición de que ha de contarme lo que le dijo mi café.

ROBERTO, *reticente*.—Oh! tantas cosas!...

Cuando yo le aseguraba que el café era muy indiscreto...

GRACIELA.—Cuénteme, hombre!...

...Pero qué se figura usted que es el café?

ROBERTO, *con ducha cortesana*.—Graciela: el café es un caballero gentil, siempre de negro, que besa con pasión los labios de las mujeres bonitas... Mas al fin, conquistador incorregible, es presuntuoso e indiscreto...

A mí me ha dicho que vió en sus ojos una llama viva que se alarga, e inflama a todos los que junto a usted pasan...

GRACIELA, *complacida*.—Y dígame, no le contó también cuántos se habían quemado en ella?

ROBERTO.—No, señorita; pero me figuro que todo el censo del año pasado... mi amigo Luis inclusive.

GRACIELA, *ligeramente sobresaltada*.—¿Por qué? El le dijo algo?

ROBERTO.—No, nada.

GRACIELA.—Fué que se me declaró hace un momento... Imagínese... Pobre!...

Ambos sonrten, y Roberto pone las tazas sobre la mesita contigua.

ESCENA III

Dichos, ANGELA y FERNANDO

ANGELA, *quien entra del brazo de Fernando y se acerca al sofá.*—¿Interrumpimos?

ROBERTO.—De ninguna manera.

GRACIELA, *a Angela.*—¿No has visto a tu marido? Te buscaba hace un rato.

ANGELA.—Ah! sí; ya recuerdo... no sé que me pasará; pero todo lo que me recomiendan mi marido se me olvida.

A Graciela haciéndole seña disimulada de que debe arreglar su tocado

¿Quieres venir conmigo?

GRACIELA, *que ha comprendido, se levanta.*—Roberto: me permite usted que lo deje un momento?

ROBERTO.—Con que me abandona usted? Caso de divorcio!

GRACIELA, *sonriendo.*—¡Qué ingratitud!

ANGELA.—Con la venia de ustedes.

Toma por el brazo a Graciela y desaparecen ambas por la puerta del saloncito contiguo.

ESCENA IV

ROBERTO y FERNANDO

FERNANDO, *en voz baja a Roberto.*—Oye, tú ¿a dónde irán?

ROBERTO, *socarrón.*—Vaya una pregunta: ¡al tocador!

Y cuidado que la adorable Graciela se va a llevar un chasco.

FER.—¿Por qué?

ROBERTO.—Porque los espejos son muy descorteses, siempre cantan la verdad: no se parecen a mí!

FER., *con malicia.*—Ya me supongo las barbaridades que le habrás dicho...

ROBERTO.—Ella fué la que me dijo...

FER.—¿Graciela? ¿Qué?...

ROBERTO.—Pst! una frivolidad: que le había dado calabazas a Luis.

FER.—Está de felicitarlo!

ROBERTO.—Lo siento, porque me ha hecho quedar mal.

FER.—A tí, ¿por qué?

ROBERTO, *remarcando la idea.*—Yo había profetizado que algún día Luis giraría cheques...

Una combinación financiera que fracasa: lástima!

FER., *después de reirse unos instantes. Con seriedad.*—Pero yo pensaba decirte algo antes... Ah! ¿Crees tú que Marcelo venga aquí esta noche?

ROBERTO, *frunciendo el ceño.*—¿Y eso?

FER.—Te advierto que empieza a tenersele por el amante de Angela... En el Club lo ofi asegurar hace algunas noches...

¿Vendrá?

ROBERTO, *pensativo.*—Es posible... Marcelo es de esos temperamentos incapaces de sentir miedo... Es un civilizado.

FER.—Por muy civilizado que sea, no me negarás que, si viniese, cometería una imprudencia temeraria. La despreocupación de Angela es ya célebre. Apenas si tiene un año de casada y trata a su marido como a una cosa...

Además, según entiendo, éste es hombre que si se enterase no toleraría...

ROBERTO, *interrumpiéndole, con severidad.*—Marcelo es mi amigo íntimo. Perdóname: ¿quieres que hablemos de otro asunto?

FER.—Tienes razón! Excúsame!

Una pausa de esas que siguen a las situaciones embarazosas. Después con naturalidad.

A propósito de amoríos. Ya que te ví en coloquios con Graciela... Ahora está libre, por qué no la enamoras y te casas con ella? Aunque delgada, no es fea y es joven y rica: hablando en serio, sería un magnífico negocio...

ROBERTO.—Porque nunca ha sido de buenos comerciantes quedarse con huesos.

FER., *sonriendo.*—No me salgas con una de las tuyas; tú, después de las puyas para Luis, no quieres dar tu brazo a torcer...

ROBERTO.—Sea! En fin, lo pensaré: la Emulsión de Scott hace milagros!

Semeja pensar seriamente, y añade:

...Mira, tienes razón, Fernando: las mujeres jóvenes son como los pianos, todas, todas ocultan dulces melodías: la cuestión está en saber tocarlas!...

ESCENA V

Dichos, MARCELO, LUZ y BLANCA; después LUIS

MARCELO, *llega a la puerta del gabinete foro, con ademán de buscar a alguien. Dirigiéndose a Roberto y Fernando.*—¿No habéis visto por aquí a Luz?

FER.—No.

ROBERTO.—Qué casualidad! Allá viene!

Señalando a Luz, que aparece por el saloncito de la derecha, acompañada de Blanca. Marcelo va al encuentro y habla confidencialmente con aquélla, en tanto que ésta se ha unido a Roberto y Fernando. Luz y Marcelo permanecen de pie hasta que ingresan en el grupo.

FER.—¡Qué audaz!

ROBERTO.—Buen jugador de ajedrez, sabe donde coloca sus piezas...

FER., *a Blanca que llega a su lado.*—Por qué tan sola?

BLANCA.—Ignoraba que venir a donde usted se encuentra es estar sola.

ROBERTO.—Es algo peor, Blanca, es estar mal acompañada.

BLANCA.—Sin embargo, pienso que más vale estar acompañada. . que sola.

ROBERTO.—Ya lo sabíamos ..

FER., *a Blanca.*—Sabe la última nueva? Esta noche se le frustró otra declaración a Luis... el que fué su novio en otro tiempo.

BLANCA.—¿Cierto?

ROBERTO.—Son gajes del oficio.

BLANCA.—Lo siento porque cada vez que lo derrotan, vuelve a mí.

FER., *impertinente.*—Entonces reciba mi más sentido pésame.

ROBERTO.—Ah! de usted no podrá decir nuestro amigo el ilustre ex-Ministro don Andrés, que permanece sepultada bajo el polvo del olvido.

BLANCA.—Lo cual es muy sensible.

ROBERTO.—Naturalmente, como que las letras patrias han perdido una gran frase...

FER.—Un amor que se va...

BLANCA, *indicando con los ojos a Luis, que aparece por la puerta del salón.*—Y Luis que viene...

ROBERTO.—Dos calamidades juntas.

LUIS, *unido al grupo.*—Apostaría que estaban ustedes hablando mal de mí... Me arden las orejas.

ROBERTO.—No sería raro; nuestros temas son siempre trascendentales.

BLANCA, *burlona.*—No sabe cuánto había extrañado que no me hubiera buscado usted antes

FER.—¿Tanta falta le hace?

BLANCA, *malévola.*—Soy buena cristiana... y me place consolar al triste...

FER., *dándole a Luis golpecitos cariñosos en el brazo.*—Te estrellaste contra una roca, amigo.

LUIS.—Pero explíquense. No sé de qué se trata.

ROBERTO, *a Luis.*—Con razón no sabes de qué se trata, si el golpe te tiene atontado.

LUIS, *amoscado.*—A Blanca le tolero bromas de esa especie; pero a vosotros...

BLANCA.—Mil gracias, Luis.

ROBERTO, *socarronamente.*—Entendido... dejémoslos solos... El undécimo no estorbar... Vente, Fernando, ya nos echará de menos doña Encarnación.

BLANCA, *apurada.*—No, no, nosotros también nos vamos con ustedes. ¿Verdad, Luis?

LUIS, *dándole el brazo a Blanca, disimula la contrariedad.*—Sí, vamos a dar un vistazo por las galerías.

FER.—Presumo que encontraremos algo bueno.

MARCELO, *que entra con Luz, señala a Blanca.*—Lo bueno va con vosotros...

BLANCA, *a Marcelo, graciosamente.*—Usted siempre el mismo...

MARCELO.—La verdad es siempre la misma.

Entonces detiene por el brazo a Roberto y le dice en voz baja, aparte.

Si notas algo extraño, avísame.

Roberto hace un gesto de asentimiento y se incorpora a los que se van, quedando Marcelo y Luz solos en la escena.

ESCENA VI

MARCELO y LUZ

MARCELO, *reanudando la conversación.*—... Vamos, Luz, confíesame que has llorado... y que si es cierto que tuviste un disgusto esta noche... Algo me insinuaron por allí, cuando llegué.

Ambos se sientan en el diván. Luz habla con su dulzura habitual.

LUZ.—Ya pasó... si no fué nada.

MARCELO.—Algo debió ser cuando lloraste... No eres franca conmigo... ¿Qué te pasa?... Cuéntame cómo ocurrió el incidente con tu marido.

LUZ.—No, si nada fué... Ya pasó todo.

MARCELO, *suavemente.*—Vamos, Luz, sé franca conmigo.

LUZ, muy triste.—Lo de siempre, Marcelo; sólo que esta vez estuvo tan brusco conmigo... conmigo!

MARCELO, inquieto.—Acaso...

LUZ.—No llegó a tanto... Sólo me empujó con violencia. No pude dominarme y llore... Algunos amigos me apartaron de allí.

MARCELO.—Es odioso. La cosa fué más grave de lo que creía.

LUZ, resignada.—Es mi sino. Había tomado él más de lo conveniente y empezó a exhibirse en la mesa. Después, cuando nos levantamos, yo, aparte, donde juzgué que nadie nos oía, le hablé... Traté de vencerlo de que nos fuéramos a casa. Y ya vez como descargó su cólera contra mí... Mañana talvez me flajele .. Estoy resignada: es mi suerte.

MARCELO.—No, eso nunca! Tú tienes derecho a ser feliz, o por lo menos a vivir tranquila, a vivir en paz.

LUZ.—Puede ser... Mas no olvides que de todo esto soy la única culpable.

MARCELO.—No es cierto. A tí se te engañó miserablemente. Jamás he querido comentar contigo estas cosas; pero fué la villanía de Alfredo lo que te hizo desgraciada... Desgraciada no; digo mal: lo que tú con tu carácter has hecho que sea el fracaso de tu vida.

LUZ.—No te contradigo; quizá tengas razón, yo soy la más responsable, no tanto por mi caída, como por mi dolorosa resignación para lo que han querido hacer de mí.

MARCELO.—Comprendo por qué fuiste burlada. Lo de siempre: el petimetre que sorprende la ingenuidad de una colegiala; pero lo que nunca he podido explicarme porque entonces estaba fuera del país, es la leyenda de tu matrimonio. Cómo te uniste a un hombre a quién no amabas?

LUZ.—Mi caso no es tan raro; y, además, soy tan dócil, tan débil... Mejor no hablemos de estas tristezas.

MARCELO.—Alfredo se marchó al extranjero. La familia le premió la hazaña con una temporada en París... en tanto que tú...

LUZ.—En tanto que yo, bajo la coacción de los míos, tuve que casarme con Nicolás, un empleado del almacén de papá, que en paz descansa... Se pusieron en juego todas las intrigas imaginables... Nicolás parecía enamorado de mí; no me quitaba los ojos cuando yo iba al almacén... Hasta le hicie-

ron creer que yo, la hija de su jefe, me había enamorado de él, como la heroína de no sé qué opereta.

En la calle comenzaba a susurrarse algo... en fin, me casé, porque sí...! me casé...!

MARCELO.—Con qué estoica y dolorosa resignación aceptas tu sacrificio! Según tus creencias, un matrimonio infeliz es algo así como un calabozo del cual se ha perdido la llave... La felicidad es un derecho, no una concesión; reclama tu la parte de alegría que te corresponde en la vida.

LUZ.—Sí, en verdad, tenemos derecho por lo menos, a estar tranquilos.

MARCELO.—Pues entonces no repares en medios y busca la tranquilidad!...

LUZ.—Marcelo, me das miedo...

ESCENA VII

Dichos, ROBERTO, BLANCA, FERNANDO, GRACIELA, LUIS, ANGELA, DOÑA ENCARNACIÓN y varias damas y caballeros.

Vienen del salón y penetran en el gabinete alegremente.

ROBERTO, acercándose a Luz y a Marcela.—Venimos tras usted, Luz; nos es indispensable para representar una charada que acaba de pedirme doña Encarnación.

GRACIELA.—Roberto, cuidado! el otro día inventó usted una... las mujeres no pudimos saber lo que era... y después ustedes los hombres se estaban riendo solos.

DOÑA ENC., a Marcelo.—Jesús! Marcelo, todavía no nos habíamos visto. Usted consecuente con su mala costumbre de hacerse desear, llega siempre de los últimos.

MARCELO.—Excúseme usted, señora, tenía algo urgente que hacer en la calle.

DOÑA ENC.—Ya se ve, como que es usted uno de los hombres del día.

MARCELO.—No tanto, señora.

DOÑA ENC., volviéndose a todos.—Es original, originalísimo lo que sucedía! El padre era Ministro, y el hijo escribía en los periódicos de oposición! El caso parece inverosímil... Pero, Marcelo, tenga la fineza de explicarnos por qué consentía que en *El Herald*, en donde colaboraba usted, se atacara a su padre?

MARCELO.—Perdóneme; a mi padre no; al Ministro de Gobernación.

DOÑA ENC.—De tal modo que ha caído.

MARCELO.—Yo no lo siento.

FER.—Es bien extraño ¿por qué?

MARCELO, *con serenidad*.—Porque mi padre es un hombre honrado, y mal podría compartir con el Gobierno la responsabilidad de los desfalcos que se han cometido... Además, cómo podía seguir alternando con un Ministro a quien hoy se acusa de haber especulado con la Hacienda Pública... después de haberse apropiado antes la hacienda del prójimo?... Y conste que no quiero hacer cargos al Ministro de Relaciones, que sólo mantiene relaciones con mujeres de dudosa ortografía...

ROBERTO.—Oh! eso es muy diplomático!

ESCENA VIII

Dichos, más DON ANDRÉS y DON ERNESTO que aparecen por la puerta del salón, del brazo.

ROBERTO, *que está al lado de Marcelo, le dice a éste con disimulo tocándole el brazo*—Ahí viene don Ernesto, el marido de Angela.

MARCELO, *haciendo un signo de inteligencia*.—Sí...

D. ANDRÉS, *quien separándose de don Ernesto, se ha incorporado al grupo*.—Roberto, qué hubo al fin de su charada?

ROBERTO.—Los esperábamos.

Se acerca al sofá.

Luz, quiere hacerme el favor (*a Blanca*)... Permítame usted también, un instante (*Ambas se aproximan a él*). Luz, dele usted la mano a Blanca; yo voy a tumbarme en este diván, y ustedes alzarán las manos sobre mi cabeza.

Roberto finge que duerme. Todos rodean al grupo de la charada, simulando hacer esfuerzos de imaginación y cambiando ideas entre sí.

D. ANDRÉS, *con aire de suficiencia*.—Ah! ya dí, nada más sencillo: ellas tienen en muy buena opinión a Roberto... lo estiman mucho. Roberto duerme... luego la solución es evidente: «Cría fama y échate a dormir!»

ROBERTO, *sin abrir los ojos*.—Aunque estoy dormido, permítame don Andrés, que le diga que no ha dado usted en el clavo.

FER.—Entonces esta charada es una indirecta para Luis, que sueña con dos mujeres imposibles: «el que mucho abarca, poco aprieta»...

LUIS.—Ya empiezas...

Se me ocurre una idea!

ROBERTO, *incorporándose*.—Pero es que de verdad estoy soñando?

GRACIELA.—Roberto, nos damos por vencidos.

LUIS.—Sí, basta; que la explique!

DOÑA ENC.—Pronto, Roberto, que me tiene usted inquieta!

BLANCA.—Sí!, sí!

D. ANDRÉS, *solemnemente*—Despeje la incógnita, amigo mío!

ROBERTO, *de pie, con gracioso ademán, señalando a sus dos compañeras*.—Señores: nada tan fácil: *Blanca luz de mis sueños*.

D. ANDRÉS.—Muy bien... muy bien...

DOÑA ENC.—Poética! encantadora! Qué imaginación de muchacho!

D. ERNESTO, *tendiéndole la mano*.—Es muy ingeniosa, Roberto: lo felicito a usted cordialmente.

ROBERTO.—Muy agradecido, D. Ernesto.

GRACIELA.—Cuánto espirit... sólo a Roberto se le puede ocurrir eso.

FER., *a Graciela*.—Las charadas se encuentran a millones... Es que uno no se pone a ello.

DOÑA ENC., *a Roberto*.—Pero el verso también es suyo?

ROBERTO.—No, señora; es de Manuel Acuña.

DOÑA ENC.—Ah! sí, del poeta Acuña! lo recuerdo muy bien, lo mismo que aquellos otros versos de él que dicen:

Con romanticismo agudo.

«Pues bien, yo necesito
decirte que te quiero,
decirte que te adoro
con todo el corazón!»

D. ERNESTO.—La mesa del baccarat está lista; si a ustedes les parece, vamos... (*A Marcelo*): se nos había perdido usted... Hace mucho que Luis y yo lo esperamos para tirar al blanco... todavía no hemos podido quitarle el record.

MARCELO.—Lo he sentido mucho, pero me ha sido imposible. Tengo entre manos una defensa por homicidio que me embarga todo el tiempo...

LUIS, *dirigiendo una mirada circular*.—El baccarat nos espera.

ROBERTO, *a Luis, con intención*.—Jugaremos en compañía; tú debes tener una suerte loca...

LUIS.—Para bromitas ya es demasiado...

FER.—Muy bien!

GRACIELA.—Yo también estoy de suerte!

FER.—Sí! Sí! Vamos!

Todos empiezan a irse poco a poco por la puerta del saloncito. Marcelo y Roberto se han quedado solos atrás.

MARCELO, a Roberto.—Dime ¿en dónde descubriste ese verso de la charada?

ROBERTO, *sonriendo maliciosamente*.—...Pues en Acuña.

MARCELO.—Hum ¿en qué parte?

ROBERTO.—Chico, creo que en ninguna parte.

MARCELO.—Deja en paz a esa pobre señora.

ROBERTO.—Vienes al baccarat con nosotros?

MARCELO.—No, me voy; no me parece bien que yo me sienta a jugar a la misma mesa que mi padre... Aunque en este bendito país no faltan papás que despluman a sus hijos, y viceversa.

Hasta mañana!

ROBERTO.—Hasta mañana!

Roberto se va por la misma puerta que los otros y sonríe a don Andrés con quien tropieza en la parte visible del saloncito. Marcelo se dirige al salón, foro

ESCENA IX

DON ANDRÉS y MARCELO

D. ANDRÉS, a Marcelo, desde la entrada del saloncito, en voz alta.—Marcelo!

MARCELO, *volviendo la cabeza se detiene*.—¿Eres tú, papá? *(se devuelve, acercándose a don Andrés)*. Suponía que estabas allá dentro, jugando.

D. ANDRÉS.—Pensé que tú llegarías allí, y no juzgué correcto hacerlo...

MARCELO.—Yo me voy... por qué no vuelves allá?... Así pasarás mejor la velada.

D. ANDRÉS, *viendo el reloj*.—A dónde vas tan temprano?

MARCELO.—A mi casa; tengo que trabajar.

D. ANDRÉS.—No te disuena eso de que un muchacho como tú, diga a su padre: «a mi casa?»

MARCELO.—Sí... en verdad... pero convén en que está peor que un hijo viva en la casa de sus padres, cuando en ella se le hace el vacío.

D. ANDRÉS.—Siempre procuré que en el hogar encontraras el mayor cariño y regalo.

MARCELO.—Bien lo sé, papá; pero esto tenía que suceder así, porque el hijo a quien tú quieres, el verdaderamente tuyo, casi ha desaparecido... Yo soy muy otro del que tú formaste... Para que al entrar pudieras reconocerme, necesitaría dejar mis ideas y mis sentimientos actuales a la puerta de tu casa...

D. ANDRÉS.—No sé... pero me figuro que tú hasta ahora no has comprendido lo que es un padre...

MARCELO.—Tal vez... Tú delineaste a tu manera mi personalidad, y yo he desfigurado la obra... al completarla, y sucede que ahora lo mío es ya más y por eso predomina en mí sobre lo tuyo... Mira, papá, nuestra lucha es del tiempo; los viejos desconfiáis de los jóvenes, y los jóvenes casi nunca creemos en vosotros... Yo vivo en mi época, con los ojos puestos en el futuro; tú, en la tradición. No podemos comprendernos: nuestra vida en común resultaría un anacronismo.

D. ANDRÉS.—No es mía la culpa, Marcelo. Quise que fueras como nuestros antepasados, como soy yo, como querría que fueran mis nietos: hombres sanos y sin las complicaciones enfermizas del siglo.

MARCELO.—Y yo te lo agradezco. Pero, ya ves, en esto el destino se ha burlado de tí y de mí...

D. ANDRÉS.—A pesar de todo lo que me dices, insisto en creer que haces mal en aislarte; es un milagro verte aquí; no te mezclas ni con los grandes ni con los pequeños; te alejas de todos ¡estás solo!... Veo venir el conflicto. Contra tí están el odio de los que te discuten y la envidia de los que no te perdonan tus virtudes; y también la indiferencia de los pequeños, a quienes ni buscas ni adulas.

MARCELO.—Tienes razón. No estoy ni con los unos ni con los otros. No quiero ascender de rodillas ni arrastrándome. Si me abro paso en la Vida, será a brazo partido!

ESCENA X

Dichos y ANGELA

ANGELA, *que aparece por la puerta del saloncito. En alta voz, sonriendo.*

Soberbio! Se han reconciliado el Gobierno y la Oposición!

D. ANDRÉS.—Pero ni el Ministro vuelve al Gabinete ni el opositor a la redacción de *El Heraldo*... ¿No es así, Marcelo?

MARCELO, *sonrte y asiente con la cabeza*.—Lo dicho.

D. ANDRÉS.—Y por ahora me voy a asomar al baccarat.

ANGELA.—Si juega, haga usted compañía con Luis, que va a hacer saltar la banca... Compensaciones... A falta de amor...

D. ANDRÉS.—Lo veremos ..

Se despide con una inclinación de cabeza y váse por el saloncito.

ESCENA XI

MARCELO y ANGELA

MARCELO, *con ademán de irse*.—Angela... buenas noches... con su permiso.

ANGELA.—Marcelo! No te vayas; quiero hablar contigo.

MARCELO.—¿Se te ofrece algo?

ANGELA, *aproximándose más a él*.—En verdad. Sí! saber qué hacías a solas con Luz, hace un rato?

MARCELO, *sonriendo irónicamente*.—Tranquilízate, Angela. Puedes estar segura de que no hablaba con ella de lo que se suele hablar con... otras mujeres.

ANGELA.—Eso lo dices por mí?

MARCELO.—Precisamente por tí, no.

ANGELA.—No te entiendo, Marcelo; si tan despreciable me juzgas, por qué me buscas?

MARCELO.—Bah! ahora no soy yo quien te busca... Me iba; tú me has detenido. Y si es porque todavía asisto a tus veladas, te lo voy a explicar y de seguro me darás la razón: me divierte mucho ver la seriedad con que tu marido habla de su felicidad conyugal...

ANGELA.—Pareces un cínico. Me haces el efecto de un ladrón que insultara a la autoridad.

MARCELO.—Quien se encuentra algo; lo recoge y está dispuesto a devolverlo, no es necesariamente un ladrón.

ANGELA, *enérgica*.—Convendrás en que a mí no me encontraste al paso.

MARCELO.—Convengo en lo que tú quieres... pero déjame marcharme.

ANGELA.—No será mientras yo no sepa por tu boca qué hacías aquí con mi prima.

MARCELO, *impaciente*.—Me abrumas con tus celos ridículos!... Muy bien sabes lo que

aconteció a Luz esta noche... No ignoras que desde niños nos vemos como hermanos.

ANGELA.—Es que tengo mis motivos para sospechar que tu cariño para Luz es algo más que fraternal...

MARCELO, *indignado; pero sin alterar la voz*.—Qué te autoriza a tí para juzgar de ese modo a Luz, ni para juzgar de mis sentimientos y de mis actos?

ANGELA.—El haberme entregado por entero a tí.

MARCELO.—Eso mismo te priva de todo derecho de juzgar a nadie... Si aquí hubiera alguno, sería el mío, y ya sabes que en ninguna forma lo he ejercido.

Tiranizar es tanto como temer.

ANGELA.—A veces siento deseos de rebelarme .. de odiarte!

MARCELO.—Me es igual que me quieras o que me odies. Me siento capaz de perderte por tu amor y por tu odio.

ANGELA.—Desde cuándo te has vuelto tan generoso?

MARCELO.—Jamás dejé de serlo. Recuerda; alguna vez te lo dije: en amor prefiero dar sin recibir nada en pago, que transar a tanto por tanto... No obstante, tú te empeñaste en pagarme ..

ANGELA.—Creí en tu sinceridad.

MARCELO.—He sido y soy sincero, y por lo mismo no puedo falsificar mi naturaleza.

ANGELA.—Luego las versátiles, las pérfidas somos nosotras...

MARCELO.—Ven acá, Angela; siéntate aquí frente a mí—*ambos lo hacen*.—Veamos las cosas con calma y como en realidad son. La mayoría de los hombres deseamos a una mujer e idealizamos a otra. Si analizáramos a ésta, se esfumaría nuestro ideal; si poseyéramos a aquélla, moriría el deseo... Qué quieres, Angela, no podemos sustraernos a las ironías de la vida!

ANGELA.—Sin embargo, hay hombres que saben amar.

MARCELO.—Son muy raros: es tan difícil tropezar con una mujer que sea el vértice a donde convergen y se confunden nuestro deseo y nuestro ideal!

ANGELA, *en tono de reproche dulce*.—...Hace algunas semanas, no me hablabas así... Entonces eras ingenuo y apasionado... El hastío te ha enseñado mucho.

MARCELO.—Es posible; el cansancio suele ser un buen maestro... Oyeme: Antes de tu

boda existía entre tú y yo cierta acometividad. Tú tratabas de humillarme... de atormentarme. Lo hacías con voluptuosidad... por calistenia... Te olvidabas, quizá, de que a los hombres nos impulsa a la lucha y al triunfo la fuerza atávica de la dominación.

Ahora el vencedor soy yo. Y ha sucedido lo que era fatal que sucediera; después de la fiebre loca de la carne, la desilusión del deseo satisfecho me ha traído, a mi pesar, el recuerdo de las antiguas torturas, de tu perversidad sensual—que hoy me apartan de tí... No es que quiera vengarme, no: es la vida la que me venga.. No nos opongamos al mandato de la Vida!

ANGELA, *airada*.—Está bien! Sigue solo tu camino. Pero ten entendido que cada vez que encuentres en él una emboscada, la he tendido yo!

Se aleja algunos pasos; vuelve la cabeza y sonriendo irónicamente.

No nos opongamos al mandato de la Vida!...

MARCELO, *ya de pie, fijando en ella los ojos fríamente*.—Está bien!...

Se aleja.

ANGELA, *haciendo una transición violenta, se vuelve desde la puerta del saloncito, y asiendo por los brazos a Marcelo, con voz y gesto suplicantes*.—Mira, Marcelo... No te vayas!... esto no puede continuar así!... Ayúdame a encontrar una solución para nuestro problema.

MARCELO, *apartándola suavemente*.—Ah! pero no estaba resuelto?

ANGELA.---Has dislocado mi vida; me has robado la tranquilidad, y quiero que me la devuelvas.

MARCELO.---¿Cómo podría devolvarte lo que no tengo?... Además, estoy aun bajo el peso de tus amenazas y no sé si... intentas tenderme una celada.

ANGELA.---Vas a lograr desesperarme. No te creía tan ruin que hubieras recogido mis palabras... Yo estaba fuera de mí.

MARCELO.---Casi estoy convencido de que las cumplirás.

ANGELA, *insinuante*.---Pero es que no crees que todavía pudiéramos ser felices?

MARCELO. No creo: te conozco y me conozco.

ANGELA.—Una noche, allá en el campo,

me dijiste que de tí no había de sacarme nadie ¿lo recuerdas?

MARCELO.—Sí, Angela, lo recuerdo.

ANGELA, *suave, suavemente*.—¿Es cierto? ¿Aun me quieres?... ¿No debo perder la esperanza?

MARCELO.—Lo que deseo guardar de tí es el recuerdo de una dulce ilusión ¿por qué tratas de arrebátarme?

ANGELA.—Bien sabes que no quiero quitarte nada, sino darme toda a tí.

MARCELO.—Eso ya no puede ser... no pretendas imposibles.

ANGELA. Nuestro cariño imposible!

MARCELO.—Sí, Angela... no ves que en este momento eres tú peor enemigo; eres la Realidad... y «la Realidad es el Ideal venido a menos». Déjame conservar intacta la ilusión de otros días.

ANGELA, *con intensa amargura*.—Sigues siendo de piedra... No vacilas; ni siquiera se contrae tu gesto de mármol al ver a la altiva implorando...

MARCELO.—No... No se contrae mi gesto de mármol... Persigo el ideal de los civilizados: «el máximum de placer con el mínimum de esfuerzo». Tu recuerdo de otro tiempo es más dulce que tu realidad de hoy, un poco acre y llena de inquietudes vulgares... Déjame hacer la vida serena de las estatuas, sin odio y sin amor!

ANGELA, *muy enérgica; bruscamente*.—¿Es decisiva tu resolución?

MARCELO.—Irrevocable!... Te he querido demasiado para seguir aceptando de tí,---sin amor---lo que puede darme cualquiera otra... Ya ves: el pasado es lo que nos separa... Convéncete de que entre tú y yo ha concluido todo.

ANGELA, *con altivez; amenazante*.---Te he buscado; te he escrito; he humillado mi orgullo; me he arrastrado delante de tí, y tu egoísmo fiero me rechaza... No importa! Estamos frente a frente. Y he de verte abatido!... Y he de verte fracasado!... Mañana mismo voy a hacer que mi marido encuentre una de tus cartas—yo sé cuál.

Se aleja algunos pasos, vuelve la cabeza altiva y lanza el reto.

Entre nosotros no ha concluido todo!... Miserable!

Transición rápida!

ESCENA XII

Dichos y FERNANDO, GRACIELA, ROBERTO y BLANCA

quienes entran de improviso en la escena con grande algazara.

GRACIELA, a Marcelo y Angela, que fingen un apacible semblante.—Aquello resulta de lo más aburrido!... Allí todo es gente seria.

FER.—Y Graciela no puede hacer trampas...

BLANCA.—Poderse, sí se puede; pero la excomulgan a una...

ROBERTO.—Y lo que es peor, le cortan el crédito!

BLANCA, a Angela y a Marcelo.—Quieren ustedes que pongamos una mesa sólo para nosotros, la gente alegre?

MARCELO.—Por mi parte...

ROBERTO.—Sí! sí! venga el bacarrat! A mí me han perseguido esta noche los siete y en el juego, como en el amor, las aproximaciones hacen reincidentes...

ANGELA, simulando buen humor.—Si es así, vayan a jugar...

BLANCA, frotándose las manos.—Vamos! Yo estoy muy alegre!

MARCELO, a Blanca, tomándola por el codo.—Sí, a jugar! Yo también estoy muy alegre!

Telón.



TERCER ACTO

Han pasado algunos días.

El espacioso despacho de Marcelo está amueblado a la moderna con sencilla elegancia: junto a la ventana hay un escritorio sobre el que se destacan una lámpara de bronce, con verde pantalla y un aparato telefónico de reflejos metálicos; más allá el oro del marco de un diploma: hacia el fondo, una puerta se abre a la calle; a la derecha, otra, que da a la vecina habitación; y un calendario de enormes cifras negras completa el decorado de la estancia.

Afuera resplandece el sol del mediodía.

ESCENA I

MARCELO y ROBERTO

MARCELO, de pie junto al escritorio, apuntando y amartillando una pistola dis-tratadamente, sigue una conversación em-prendida hace largo rato.—...Pero no diva-

guemos más sobre el lance... Ni sobre tus cosas, que al cabo no has de casarte.

ROBERTO.—Oh! no lo dudes, Marcelo, es cosa resuelta. Tú puedes estar en lo justo... pero no importa, me caso!

MARCELO.—Allá tú...

ROBERTO.—Lo he pensado mucho.

MARCELO.—No creo que tú pienses mucho en nada...

Y apunta con la pistola al almanaque, sin darle importancia a lo que estándiciendo.

ROBERTO.—Esto sí lo he madurado: vale la pena... Es a mi ver más grave de lo que te figuras

Cuando tú has ido a una cacería has visto que la misma alimaña pase dos veces frente a tí? No ¿verdad? Pues, así es la fortuna: sólo una vez se nos pone a tiro... hay que asegurarla!

MARCELO, poniendo la pistola en un estuche, en donde está la compañera, sobre el escritorio.—¡Magnífico!... Pero qué quieres... no te concibo casado. Tú, hombre de hogar?... Y conste que lo siento más por ella que por tí.

ROBERTO.—Bien hecho! Siempre las pobres mujeres llevan la peor parte... Mas, créeme, que ya me estoy fastidiando de esta vida falsa de mariposeo continuo.

MARCELO.—Más pronto te aburrirá esa monótona y quimérica tranquilidad del hogar llena de reproches, de bostezos, de llo-riqueos, de criadas que se van, de drogas y de visitas médicas... Ese vivir antipático de la hora en punto y el almanaque al día!

ROBERTO.—Tienes razón. Pero me caso! No hay que pedir más, sería buscar gollerías... Graciela me quiere... No es del todo fea... Es casi agradable a ratos... Tiene dinero; y, sobre todo, posee una gran virtud: es tonta!

MARCELO.—Hola! Efectivamente, no deja de ser una gran virtud la tontería...

De ese modo tú solo harás quórum en tu casa, y la pobre muchacha no tendrá voz ni voto.

ROBERTO.—Claro está!... Cuando por casualidad pensé en que podría tocarme en suerte una bachillera, una de esas intelectuales que llegan a la vejez recitando versos de Acuña... se me helaron los huesos.

Las mujeres tontas son el ideal del matrimonio: barren, limpian, zurcen, cosen, co-

cinan... y no sospechan que existe el *Nocturno* de Silva!

MARCELO.—¡Suculento!

ROBERTO.—Un día llega uno a su casa a las tres de la mañana... las tontas protestan... lloran... Bueno. La noche siguiente, esto es el día siguiente, llega el marido a la hora del desayuno, como si no hubiera pasado nada... Entonces, la mujer que, a fuer de tonta, tiene sentido práctico, reflexiona, y cuando llega uno a las tres, queda muy agradecida por lo temprano que se recoge, y lo recibe con los brazos abiertos...

MARCELO.—Graciela va a divertirse mucho contigo... pero mucho!

ROBERTO.—Ya lo creo! Oh, no lo dudes ni por un momento!

Todo chiste que me fracase en el Club, logrará éxito notable en mi tranquilo hogar.

MARCELO.—Así tendrás para tus gracejadas público de platea y público de galería.

ROBERTO.—Sin contar que uno vive tan poco en su casa, que al cabo de cinco años de matrimonio no sabe cómo opina su mujer.

MARCELO, *dándole golpecitos en el hombro*.—Cállate! ya has desbarrado bastante!

ROBERTO.—No, hombre! si es la única vez que he tratado de hablarte en serio!

Estoy en capilla... El mes entrante me caso... ¿Te parece poco? Por lo demás, aunque tú no quieras, insistiré en mi sana teoría de que las mujeres tontas son el ideal del matrimonio.

MARCELO, *desaprueba con un gesto*.—Concedido...

ROBERTO, *sentado y balanceándose sobre el brazo de una butaca*.—Oye: Las mujeres que pasan por inteligentes, son, en lo general, las de imaginación viva y palabra fácil, cualidades que sólo les sirven para apropiarse todas nuestras ideas y exagerarlas. Discuten nuestros proyectos... Pretenden imposibles... Nos critican, y cuando las traemos a la realidad, nos encuentran prosaicos y faltos de vuelo, indignos, incapaces de comprenderlas, porque ellas habían nacido para un genio...

MARCELO.—Cásate en buena hora!... Haces lo que debes: tú de cualquier modo serás feliz.

Y no hay que olvidar que la chica tiene un bonito perfil.

ROBERTO.—Lo malo es que yo no voy a amarla de perfil!

ESCENA II

Dichos, LUIS y FERNANDO que entran por el foro

FERNANDO.—Vengo a comunicarles que tengo el campeonato de billar!

LUIS.—No... Me ha ganado por dos carambolas. . yo estaba jugando sin ganas.

ROBERTO, *a Fernando*.—La inmortalidad te durará pocas horas.

MARCELO, *a Fernando*.—No habrás perdido gran cosa.

FER., *a Marcelo*.—Como a tí sólo las armas te interesan...

LUIS, *a Marcelo*.—Ah! Vi en la sala de tiro del Club los blancos que hiciste esta mañana... Estás de felicitarte.

FER., *a Marcelo*.—Hum! Tienes algún lance entre manos?

MARCELO.—No... lo hacía por matar el tiempo.

ROBERTO.—El colmo de la puntería! Matar el tiempo a pistoletazos!

LUIS.—Bravo! Pero para mí no hay como el billar: es un juego de príncipes!

ROBERTO.—Y de taberneros...

MARCELO.—Es igual. *Pausa*.

FER., *a Roberto*.—Recibí la noticia de tu matrimonio... Tus acreedores están de plácemes.

ROBERTO, *acrememente*.—Alto ahí, Fernando, no tolero bromas con estas cosas.... Exijo tanto respeto para esa señorita, a quien amo, como el que puedes exigir tú para tu madre!

FER., *turbado*.—No es para tanto... perdóname! En todo caso la broma sería para tus acreedores...

ROBERTO, *recobra su aire habitual*.—Siempre me parece de muy mal gusto: con los acreedores no se bromea!...

LUIS.—¡Qué se va a bromear! A mí me cuestan veinticinco pesos mensuales.

FER.—*Nequáquam!* Tú no le pagas a nadie!

LUIS.—No se trata de pagar, sino de gastar veinticinco pesos para... no pagar!

ROBERTO.—Ah! Mi antiguo sistema!

MARCELO, *displaciente*.—¿Cuál es?

ROBERTO, *a Luis*.—El primero de cada mes hay, indefectiblemente, una romería de cobradores en la puerta de tu casa. Tú sales. Le das una palmadita en el hombro a cada uno, y una moneda, y no vuelven a

molestarte hasta el primero del mes siguiente... en que vuelven por la propina.

FER.—Pero hay algunos indomables!

ROBERTO.—Cuéntaselo a Luis!... A mí, desde que resolví trabajar, no me molestan. Ah! pero me los sé de memoria: conozco sus orígenes y clasificaciones; sus métodos; su táctica ofensiva y defensiva...

LUIS.—Vengan esas clasificaciones!

ROBERTO, *medio sentado sobre la mesa del escritorio*.—Yo divido a los acreedores en cuatro clases dominantes: *feroces, intransigentes, equitativos y resignados*.

El género del «inglés feroz» abunda poco. Suele distinguirse por sus modales groseros, su exactitud matemática en las prórrogas y sus constantes amenazas de demanda y embargo. Es una calamidad: conviene librarse de él.

El acreedor «intransigente» no os atormenta tanto como el anterior; pero se empeña en que fijéis una fecha para cubrir la deuda. No acepta combinaciones. Si no se despliega mucho sentido, se acabará por pagarle...

Todos ríen.

FER.—¡Ja! ja!, sigue, sigue; que tengo empeño de conocer esa *rara avis* que tú denominaste el «inglés equitativo».

ROBERTO.—El acreedor «equitativo» es aquel que se entera concienzudamente de vuestras entradas y salidas. Conoce la fecha exacta en que estáis «en fondos». Nunca os cobra delante de testigos, y menos si no son amigos vuestros, es el «inglés» razonable por excelencia!

MARCELO.—Es el acreedor práctico... Pero te falta el «inglés resignado»... si los hay.

ROBERTO.—Recordaréis, sin duda, a aquel que os estrecha la mano con cariño; que se entera con interés de vuestra salud, de la de vuestra señora madre y de la de los hermanitos menores; que os pregunta con exquisita discreción, «que hay de aquello», y cuando le respondéis con el clásico: «dese una vueltecita»... Se va; porque tiene confianza en que no hay deuda que no se pague.. Pues bien, aquel que cobra siempre en voz baja, con eufemismos, dulcemente, como queriendo comprometer vuestra gratitud.. ese es el «inglés resignado», el «inglés» modelo, el «inglés» ideal!...

LUIS.—Dichoso tú, Roberto, que te libras-te de ellos para siempre!

FER., desdichado de tí, Luis, que no hay mujer que se compadezca de los tuyos.

ESCENA III

Dichos y DON ANDRÉS

que se presenta de modo inopinado por el foro

DÓN ANDRÉS.—¿Estorbo?...

MARCELO, *sale al encuentro de su padre y lo abraza*.—Nadie es inoportuno en su casa.

D. ANDRÉS, *concierta emoción*.—Hijo mío!

ROBERTO, *tendiéndole la mano*.—¿Cómo estás?

Fernando y Luis saludan a su turno a don Andrés, quien se sienta en una butaca.

D. ANDRÉS.—Qué cuentan ustedes de nuevo?

FER.—Que se nos casa nuestro amigo Roberto... es el primero que cae!

D. ANDRÉS.—Ya lo sabía.

LUIS.—Ya iremos todos cayendo... Hasta Marcelo, que parece irreducible.

MARCELO, *a Luis*.—Por lo de Blanca, lo dices? Bah!

ROBERTO.—Sí, hombre, esa muchacha sueña contigo... está en sazón de hacerte versos o tomarse una caja de fósforos.

D. ANDRÉS.—Sean ustedes más respetuosos con las damas. *Pausa.*

LUIS, *a Fernando*.—Todo esto está muy interesante; pero volvámonos al Club... quiero la revancha.

FER, *de pie*.—Vámonos. ¿Vienes, Roberto?

ROBERTO.—Necesito tratar algo con Marcelo.

D. ANDRÉS.—Secretos de Estado...

MARCELO.—No, papá.

LUIS.—Hasta luego!

ROBERTO.—Hasta luego...

FER.—Adiós!

Desaparecen Fernando y Luis, por el foro.

ESCENA IV

MARCELO, ROBERTO y DON ANDRÉS.

Hay un largo silencio.

MARCELO.—Por fin nos quedamos solos! Qué horrible tortura es tener que estar haciendo farsa, mientras se piensa que en el término de dos horas hemos de jugar-nos la vida!

D. ANDRÉS.—A dónde te ha llevado tu mala cabeza!...

MARCELO.—Mi mala cabeza?... la sociedad, papá, la sociedad que tú tanto respetas!

D. ANDRÉS, *abrazando a Marcelo*.—Hijo mío!... Ha resultado lo que yo temía.

ROBERTO.—Lo que todos esperábamos.

D. ANDRÉS.—No habrá modo de evitarlo!

MARCELO.—Imposible!.. Le he arrebatado la felicidad a un hombre; no era ese mi deseo: las circunstancias, los caprichos de una mujer me la entregaron!..

D. ANDRÉS.—De manera que es verdad, y así consentías que tu padre visitara esa casa?

MARCELO.—El secreto no era sólo mío. La indiscreción, aun contigo, hubiera sido una felonía.

ROBERTO.—En realidad.

D. ANDRÉS.—Hiciste bien en no advertirme nada.

Manchaste el honor de un hogar... has destruido una alegría, y te llaman a dar una reparación!.. acude, aunque vaya en ello tu vida.

MARCELO.—Nada he manchado!.. Vivía mi vida sencillamente y me obligan a vivir otra!.. No tengo derecho para perderla; ni tengo derecho de quitársela a nadie. Y hay más, no debo perder la mía, porque mañana tengo que arrebatarse de las fauces del presidio a un desgraciado, a aquél que mató por celos a su mujer!..

D. ANDRÉS.—Conozco tu sangre fría y sé que el orgullo y la educación no dejan en tí lugar al miedo. Lo sé, y mi cariño me da la esperanza!.. Pero, hijo mío, no olvides que vas a jugarle la vida!.. que un lance de éstos puede truncar para siempre tu porvenir!.. Aprovecha esta prueba. Proponete cambiar de modo de ser!.. deja tu aislamiento!.. hazte como todos!..

Eres joven, talentoso y fuerte; estás en la obligación de vivir.

MARCELO, *con una sonrisa fría*.—Quién piensa en la muerte! Si laborar, correr peligros, imponerse, triunfar, ser vencido, es acopiar sensaciones; es renovarse, y nuestro siglo repite a grandes voces que renovarse es vivir!

D. ANDRÉS.—Veo en la sinceridad de tus palabras que no tienes conciencia del peligro!..

La demasiada confianza te pierde. Vas a exponer la vida, y, sin embargo, no quieres

sacar de esta ruda prueba ni siquiera el propósito de una existencia nueva!.. si sales con bien.

Quando dos hombres del temple de Ernesto y de la serenidad tuya, se encuentran frente a frente, con una pistola en la mano, las probabilidades son iguales, y es casi seguro que haya un cadáver!..

ROBERTO.—O que haya unas balas perdidas!..

MARCELO, *a don Andrés*. Nada de eso se me oculta: la Realidad se impone. Y, sin embargo, iré. No creo que haya que dar la vida por haber amado a una mujer ni creo que haya obligación de exigirme la vida porque la haya amado. Pero mis teorías son unas, y los actos a que me obliga una civilización caduca, son otros. Yo no soy responsable de haber nacido con impulsos de renovación en esta época de convencionalismos y de concesiones, en la que aquel que no se bate es un cobarde: son las crisis dolorosas de toda iniciación!

ROBERTO.—Y es que somos más débiles que nuestro tiempo.

D. ANDRÉS.—En fin, a nada conduce discutir en estos momentos!..

Quiero sí, que el cirujano sea de mi confianza.

ESCENA V

Dichos, mas DOÑA ANTONIA y LUZ,
que entran por el foro.

DOÑA ANTONIA.—Gracias a Dios, Andrés, que lo encuentro! No sabe cómo lo he buscado!

D. ANDRÉS.—Ustedes por aquí!..

MARCELO, *se adelanta a saludar a doña Antonia; después a Luz. Roberto hace lo mismo*.—Señora!..

Luz!..

LUZ

Marcelo!..

ROBERTO

Muy buenas!..

Con disimulo cierra la caja de pistolas.

DOÑA ANTONIA, *a don Andrés*.—Quiero que cumpla la promesa que me hizo.

D. ANDRÉS, *frunciendo el ceño*.—¿Cuál?

DOÑA ANTONIA.—Ir conmigo para que hablemos con el arquitecto que hizo el plano del Hospicio de Huérfanos.

D. ANDRÉS.—Ah! cómo no!... Pero él no está hoy...

DOÑA ANTONIA.—Sí, Andrés, me enteré antes de venir aquí.

MARCELO, *aparte, a Luz*.—No sabes cómo me alegra verte...

LUZ.—Y tú no sabes lo triste que es para mí verte hoy.

ROBERTO, *a doña Antonia*.—Se ha encurtido usted? No se la ve.

DOÑA ANTONIA, *a Roberto*.—El eclipsado es usted, Roberto. Se comprende, preparándose como está para la vida formal, ya no se acuerda de las amigas...

D. ANDRÉS, *por decir algo*.—Ya era tiempo...

ROBERTO, *cogiendo del escritorio el estuche de las pistolas*.—Yo me retiro... tengo qué hacer.

DOÑA ANTONIA.—Entonces la metamorfosis es completa, con que tiene usted algo qué hacer?

MARCELO.—Tendrá que hacer... que hacer cien carambolas.

ROBERTO, *hace una reverencia y sale por el foro*.—Sí. Adiós!

ESCENA VI

Dichos, menos ROBERTO

DOÑA ANTONIA, *a Marcelo*.—Ha vuelto usted a ser el hombre del día!

MARCELO, *alarmado*.—No sé... no sé por qué lo dice?

DOÑA ANTONIA.—Ví en los periódicos de esta mañana que tiene usted la vista de Casación de una causa célebre.

MARCELO.—Sí, señora, mañana.

DOÑA ANTONIA.—Por la boca muere el pez: quien le hubiera dicho a usted, cuando condenaba a ese hombre que mató a su mujer, que le tocaría defenderlo...

MARCELO.—La profesión nos enseña a ser indulgentes.

DOÑA ANTONIA.—Luego en aquella discusión de la quinta tenía razón Andrés.

D. ANDRÉS.—Ya lo creo!

MARCELO, *con displicencia*.—Ninguna; sigo teniendo yo la razón. Aquel hombre hizo mal. Pero indudablemente no fué él sólo quien mató a la mujer. Más culpa tienen el vecino de en frente y el del lado y todos los que con sus reproches sellan la boca que se abre para el perdón. Sabemos

acaso nosotros si aquel hombre bueno, estaba lleno de piedad, y la sonrisa del transeunte, el cuchicheo de la comadre que acecha tras los visillos de la ventana y la procaicidad del corrillo, no armaron la mano que asesinó?

DOÑA ANT.—Pero de todos modos, se apartó de la ley de Dios.

D. ANDRÉS.—No obstante, cumplió con las del honor...

MARCELO.—Bah!

Luz, que abstraída ha seguido la conversación, pensando en otras cosas. (A doña Antonia.)

Se hace tarde, mamá; recuerda que el arquitecto los está esperando.

DOÑA ANT.—Sí, vamos, Andrés, a mí no me gusta hacerme esperar.

D. ANDRÉS, *levantándose, toma el sombrero*.—Ni a mí.

LUZ.—Me quedo con Marcelo.

Don Andrés y doña Antonia hacen mutis por el foro.

ESCENA VII

LUZ y MARCELO

que enciende un cigarrillo y se pasea. Silencio prolongado.

LUZ, *dulcemente*.—¿Al fin te bates hoy?

MARCELO, *de pie frente a Luz*.—Sí, esta tarde. Mañana tengo que alegar en Casación. Necesito estar tranquilo.. En ello va mi nombre.

LUZ.—Qué caro cuesta un nombre!

MARCELO.—Como que siempre se levante sobre la ruina de muchos.

LUZ.—Eso es terrible. Por qué no llegará cada cual con el puesto que le corresponde en el mundo.

MARCELO.—No puede ser. Nadie debe ocupar un puesto que no haya conquistado con su esfuerzo.

La dificultad, lo arduo, está siempre en los primeros pasos... Hay que luchar. Todos van contra nosotros, y quien no tiene aliento para atropellar a los que le cierran el camino, es un fracasado.

LUZ.—No sé por qué presiento en el fondo de esa lucha algo espantoso...

MARCELO.—Espantoso y noble... Es el impulso hacia nuestro propio perfeccionamiento; el vago deseo de contribuir al desenvolvimiento común. *Pausa.*

LUZ.—Recuerdas aquella leyenda que José, el viejo jardinero, nos contaba a su manera, mientras nosotros sentados sobre sus rodillas le acariciábamos las barbas? La leyenda de la ciegucecita de la montaña que un día recobró la vista, y al darse cuenta de las cosas de la tierra, tan distintas de cómo se las forjara, sufrió tal desencanto que ella misma se apagó los ojos...

Ahora cuando empiezo a enterarme de tantas miserias, de tantas cobardías, me entran ganas, a veces, de hacer como la ciegucecita para no ver más...

MARCELO.—Cuántos piensan como tú! Lo malo no está en ver, sino en no saber ver. Nunca se aprecia al vuelo la belleza íntima de las cosas y la gracia suprema de los sentimientos.

Mira atentamente lo que ha pasado entre tú y yo...

Tu existencia tiene la tristeza de un ánfora vacía... Quisiera verter algo en ella...

LUZ.—Marcelo...

MARCELO.—No temas, Luz, no intento profanar la más alta de mis quimeras. Tengo contigo una gran deuda de gratitud. Tú lo ignoras. En mis fiebres y en mis dudas de los veinte años, tú has sido mi guía. He sido bueno muchas veces por tí, cuántas con el pensamiento en tí me consolé de mis caídas y del dolor de otras mujeres!

LUZ.—Calla, Marcelo.

MARCELO.—Tú tienes la culpa de que hable: de la mano me llevaste al pasado; al campo en donde corrimos juntos... Y yo he venido desandando el camino; y aunque he querido hacerlo solo, no he podido; tú siempre vienes conmigo, porque estás en todas las evocaciones felices de mi vida...

LUZ.—Qué buenos éramos entonces!

MARCELO.—Tú has seguido siéndolo... No tienes otro pecado que el corazón: no lo hubieses oído, que será mal consejero mientras los demás no dejen de vivir de apariencias.

LUZ.—Te he dicho, Marcelo, que calles.

MARCELO.—Hace mucho tiempo callo, y hoy quién sabe si por última vez, necesito hablar, las palabras me ahogan... Vengo deshaciendo sin quererlo el camino de mi vida... y en todas partes tropiezo contigo... En tanto que Angela, despótica, convirtiéndome en siervo de sus caprichos, me obligaba a pensar en la muerte... en poner fin a mis

torturas, por cobardía, tú, involuntariamente, me apartabas: era la Vida que sonreía al través de tu tristeza...

Noches y noches pasé en claro familiarizándome con la idea de desaparecer, y en medio de las sombras te presentabas tú con los ojos anegados en melancolía y la sonrisa apacible en los labios, y toda tú eras una sonrisa, sonrisa de esperanza!

LUZ.—Qué dulce era para mí sonreírte y haberte llevado la esperanza...

MARCELO.—Eras como el agua clara que suavizaba con musgos las asperezas rocallosas de mi alma.

LUZ, *muy dulcemente, con los ojos luminosos*.—No seas tonto...

MARCELO.—Y entonces, en aquellas noches de insomnio, murmuraba mentalmente, como una oración mil veces repetida, los versos con que en tantas tardes he pretendido acariciar tus oídos:

«Mostrosse si piacente a chi la mira
che da per l'occhi una dolcezza al core».

LUZ.—Sí, los recuerdo; me enseñaste su sentido una tarde allá en la quinta: se muestra tan complaciente a quien la mira que da una dulzura al corazón.

MARCELO, *con voz que es una caricia*.—No seas tontuna... Muéstrase tan placentera a quien la mira, que por los ojos lleva una dulzura al corazón...

LUZ.—Aquellos tiempos...

Ambos se miran en largo silencio.

ESCENA VIII

Dichos y ANGELA, que entra excitada en la oficina

MARCELO, *en pie, enérgico*.—A qué has venido?

LUZ.—Angela!

ANGELA, *a Marcelo*.—Para ver alguna vez la angustia en tu semblante.

MARCELO, *serenamente*.—Vienes a gozarte en tu venganza: es una voluptuosidad inofensiva... Pues bien, has hecho el viaje inútilmente: ya lo ves, me encuentras como de costumbre.

ANGELA.—Como de costumbre, no; te encuentro con tu querida!

LUZ, *se yergue con dignidad*.—¡Angela! Repara en lo que dices. Me calumnias. Nada te autoriza para sospechar de mí ni para ultrajarme... Todo lo mío ha sido tuyo. An-

tes de casarte con un hombre rico, dispusiste de mi casa y de mi hacienda, y tanto tú como tu madre me correspondistéis con el escarnio; y ahora, me insultas, me calumnias, no quieres perdonarme el que sea honrada.

ANGELA, a Luz, señalando a Marcelo.—Míralo! ha sido mío.

MARCELO, adelantándose.—¡Angela! Sal de aquí! Tú puedes agraviarme, descargar tu cólera, tu neurosis contra mí, pero no tolero que en mi presencia ultrajes a Luz. ¡Sal!

ANGELA, a Luz.—Lo ves, ha sido mío! No seguirá siendo tuyo. Yo te lo quito. Yo lo lanzo a la muerte!

MARCELO, a Angela.—Y Luz, que nunca ha sido mía, ni lo será nunca, ha venido a alentarme en el conflicto; por ella voy sereno; ella es hoy el único lazo que me ata a la vida.

Luz.—Marcelo, cállate, déjala. Su cólera es justa: ella, la altiva, la feliz no pudo defenderse de tí, perdónala, como la perdono yo.

ANGELA.—El perdón es para los caídos. Aquí la vencedora soy yo. La revancha es mía. Ahora ansío que me odie como la odio yo, que al verme contraiga esa cara de mármol.

MARCELO.—No lo conseguirás.

ANGELA.—Tú tiembles por dentro, cobarde!

MARCELO.—Miedo?... He sabido estrujar el corazón y seguir adelante, batallando contra todos. Ni un gesto, ni un grito, ni una crispatura han roto la armonía de vida. Hoy me batiré; mañana hablaré con entusiasmo; arrancaré a un infeliz de las garras del presidio; conquistaré el triunfo más grande de mi juventud... Luego trazaré una raya entre el Pasado y el Porvenir: atrás quedarás tú, Angela, y todos los que intentaron cerrarme el paso; yo seguiré adelante, solo, siempre solo... (con mucha cortesía). Lo ves, aun estoy esperando tu venganza...

ANGELA.—Poco a poco... amigo mío. Tú no sabes lo que harás mañana.

Luz.—Por qué dispones así de la vida ajena?

ANGELA.—Porque ésta ha sido mía y no quiero que sea de nadie más!

Luz.—Eres mala!

MARCELO.—No te exaltes, Luz, ella obra como mejor conviene a su conciencia.

ANGELA, a Luz.—Ya llegamos a donde yo quería, ya te ví mordida de los celos... Soy mala, sí, soy mala porque no permito que goces impunemente de tu amante... Ya te ví mordida de los celos!... Yo soy mala; pero tengo el valor de mis pasiones; tú eres buena, porque te avergüenzas de querer... Yo fui feliz en alguna ocasión, en cambio tú no lo serás nunca, hipócrita!

Luz, violenta.—Infame!

MARCELO, a Angela, muy enérgico.—Vete, vete de aquí!

ANGELA, fingiendo impasibilidad.—Sí, sí me voy .. no te apresures... Haces bien en arrojarme de tu casa .. que yo te he arrojado antes a la muerte.

MARCELO.—¡Vete!

ANGELA, se aleja con risa nerviosa y encarándose con Luz.—Y tú, no temas nada de mí, tu peor castigo es vivir tu infelicidad!

Angela se va por el foro. Luz queda anonadada un momento y después rompe a llorar ocultando el rostro con las manos.

ESCENA ULTIMA

MARCELO y Luz, después ROBERTO

MARCELO, se acerca a Luz y le acaricia la cabeza.—No llores, Luz... no llores...

Luz.—Déjame llorar...

MARCELO.—Vamos, Luz, no llores, no ves que estás amargando más este momento aciago y que me vas a hacer perder la ecuanimidad?

Luz.—Para qué vino esa mujer aquí.

MARCELO.—Tal vez para revelarnos algo que nosotros teníamos miedo de ver... Es cierto lo que dije, tú has sentido celos... No lo ocultes... tú me amas como te amo yo?

Luz, sobresaltada.—Tú también lo dices.

MARCELO, conmovido.—Sí, Luz; ten calma. Te amo y bien sé que no serás mía... Hemos abierto muy tarde los ojos. El amor ha pasado junto a nosotros y como no lo conocimos, le negamos posada, y hoy, ya es tarde.

Luz.—Es ya demasiado tarde...

MARCELO.—No hemos podido vivir nuestra vida, nos la han hecho los demás, mira lo que me rodea: tú, burlada y mal casada después; Angela, entregándose sin amor a un hombre rico; aquel cliente desechado a quien la murmuración convierte en asesino



y yo, qué soy sino un juguete de las circunstancias que me empujan contra mis ideas y contra mis sentimientos... La culpa es de este tiempo de iniciación: pensamos de un modo y obramos de otro, porque los rezagados malogran nuestros impulsos.

LUZ.—Hazme la promesa de que no me volverás a hablar así.

MARCELO.—Descuida... desecha tus temores; de hoy más sigo solo.

ROBERTO, desde la puerta del foro.—Mar-

celo: es la hora, en el coche te esperamos.

MARCELO.—Un momento!

Coge el sombrero.

LUZ, angustiada se lanza sobre él para detenerlo.—No me dejes sola! Marcelo! Marcelo!

Qué vas a hacer?

MARCELO, apartándola suavemente.—A matar a un hombre!

(Marcelo sale y Luz sollozante cae en el sofá).

Telón lento.

PERSONAJES

ANGELA.....	(22 años)
LUZ.....	(24 años)
GRACIELA.....	(20 años)
BLANCA.....	(21 años)
DOÑA ENCARNACIÓN.....	(45 años)
DOÑA ANTONIA.....	(50 años)
MARCELO.....	(24 años)
ROBERTO.....	(23 años)
DON ANDRÉS.....	(53 años)
FERNANDO.....	(25 años)
LUIS.....	(26 años)
JOSÉ.....	(55 años)
DON ERNESTO OBREGÓN.....	(40 años)

SEÑORITAS y CABALLEROS.

EPOCA ACTUAL

NOTA.—Esta comedia fué entregada a la Compañía Adams, a principios de octubre de 1913, y su representación apareció anunciada en varios programas; pero ya en ensayo, la Compañía, intempestivamente, tuvo que dejar a San José, y la obra no fué estrenada aquí, sino en Quito, según consta en diarios de aquella capital.

Antes de enviarla a la escena fué leída en varios círculos literarios.



SANTIAGO ARGÜELLO

EL AGUILA Y LA HOJA

Dijo una vez el águila:

«Como yo nadie sube:

Me besan calostros y vértigos al paso,
Mi Adriático es el éter, mi góndola es la nube,
mi tolda es un celaje de púrpura y de raso».

«Como yo, nadie sube. Yo podría en las noches
en que tiemblan de frío los gusanos rastrosos,
abriendo con el pico los invidiosos broches,
sorber luz en los cálidos de un jardín de luceros.

O en los días de nieve, con mis remos pujantes,
hender brumas en busca de fúlgido arrebol,
y sorber de los rayos las cañas calcinantes
con la garra clavada sobre el filo del Sol».

Dijo, Y, al ver de nuevo sus poderosas galas,
como una reina el manto, se sacudió las alas.

«Como yo nadie sube».

Y se tendió en la nube.

Y repitió subiéndolo: «¡Como yo nadie sube!»!

* * *

—¿Quién eres?..

—Hoja seca.

—¿De dónde vienes?

—Vengo de arriba, ¡muy arriba!

—¿Tienes alas?

—No tengo

—Hoja seca sin alas, ¿quién te infundió ese aliento
para subir más alto que mi realceza?..

—¡El viento!..

* * *

¡Ya lo oís, oh! guñapos de la calle vecina!..
¡Cobrad ánimo, estultos! ¡No desmayéis, babiliecas!
Que si en la tierra un loco viento se arremolina,
más alto que las águilas suben las hojas secas...

Santiago Argüello

La pesca de Espinho

La costa portuguesa en este distrito de Aveiro, al Sur de Oporto, es de una triste monotonía. Una larga playa baja, de fina arena, y cadenas de dunas coronadas a veces por los pinos, que llegan a mirarse en las aguas. Trechos hay, como este de Espinho, en que el mar avanza, o, mejor, la costa se hunde. A este pueblecito se le está tragando el mar, y muy de prisa.

El canal tiene aquí, por otra parte, algo de campesino; parece como que se ruraliza. Sus lindes se confunden en muchas partes; penetra en la tierra por lenguas de agua. Hacia Estarreja suelen verse velámenes de barcas cruzando un maizal, y en éste, al pie de los árboles, junto a los bueyes, remiendan y arreglan las redes de pesca las mujeres. El campo y el mar verdes, como que se abrazan y mezclan bajo el cielo azul, ofreciéndonos la más fiel imagen de este Portugal campesino y marinero que con los leños de sus bosques aró los más remotos océanos. Y estas sus largas odiseas,

por mares d'antes nunca navegados,

empezaron, sin duda, por las pesquerías. A los pescadores fué a quienes enseñaron a marear los gunoveses, maestros en el arte de los rumbos.

Hay algo de dulce y de manso en este mar, que, aunque a menudo bravío, viene blandamente a besar la tierra y a mezclarse con ella, que no le opone erguidas rocas ni abruptos acantilados. Desembocan en él, ríos mansos como el Vouga, y recuerda uno el atrevidamente poético rasgo de Tomás Ribeiro cuando, en su lamentable *D. Jayme*, decía que el mar viene a ahogar su sed angustiosa en el sabroso néctar de los ríos portugueses.

*O mar na terna lida porfiosa,
cansado de correr largos desvios,
vem aposar a sede angustiosa
no sabroso nectar de teus rios.*

En esta parte de la costa portuguesa, junto al labrador vive el pescador.

Aquél siembra el lino y hace las cuerdas de las redes con que éste pesca, le provee de las maderas para sus barcas.

Aquí, en las arenas de esta playa de Espinho, se ven descansar, de proa al mar, las barcas pescadoras. Recuérdame lo que debieron ser las naves con que los aqueos arribaron a Troya, las naves homéricas. Son, de hecho, como ejemplares sobrevivientes de una especie ya en otras partes extinguida.

Tienen, en efecto, algo de primitivo estas barcas sin quilla, fondo plano como el de las chalanas con su apuntada proa al modo de góndolas, y en ella una cruz de remate. Viéndolas en tropa, cual extraña bandada de aves en reposo, diseñarse sobre el cielo, acuérdase uno de aquellos

*esqueletos de galeras
que foram descubrir mundos e mares.*

Hay algo de solemne en la suprema sencillez de esta visión para quien lo mira con ojos que recorrieron la historia trágicomarítima de este

Jardim da Europa a beira-mar plantado.

Luego son puestas las barcas en movimiento. Llénanlas con las redes, y, haciéndolas resbalar sobre rodillos, las empujan a las espumosas olas, playa abajo. Los tostados dorsos van apretando contra los costillares de las barcas. Dejan sujeto en la arena el cabo de una de las dos cuerdas de la red. Montan en cada barca unos treinta tripulantes, media docena para tender la red y demás menesteres, y diez o doce a cada uno de los dos grandes remos. Pues dos tiene cada barca, como dos aletas, con un gran ensanchamiento central que hace de estrobo. Y allá van, bogando a alta mar, para arrancarle su sustento, brillando al sol sus bronceadas espaldas, cogidos del remo, como los galeotes, dándose cara media a media docena de hombres en cada uno de los dos remos.

Aléjanse de uno a dos kilómetros— en invierno más, pues en verano la sardina se acerca a la costa —, y antes de echar la red rezan todos piadosamente. En otro tiempo, los tripulan-

tes de las diversas barcas se peleaban por el sitio en que habían de tender la red, y volvían algunos descalabrados de la refriega.

A las tres horas de haber salido, vuelven, trayendo el cabo de la otra cuerda. Y es un espectáculo emocionante, y a las veces solemne, ver a las barcas de levantada proa esperar, con el cuello erguido, olas favorables y embestir luego a la arena entre cascadas de espuma y gritería de los que las esperan. Y luego, a tirar de las dos cuerdas de la red para recogerlas. Tiran desde la playa con parejas de bueyes.

Esto de sacar las redes con parejas de bueyes es lo que más carácter da a la pesca en Espinho, asemejándola a una labor agrícola y prestando asidero a la imaginación para cotejar con la labor de los campos en esta región en que, como digo, el mar parece se ruraliza.

En otro tiempo sacaban las redes a brazo, y los que del campo bajaban a esta penosísima labor, estaban exentos del servicio militar. Bien decía el que dijo: «Bendigamos al que primero domó el caballo; pues, si no, la mitad del género humano estaría llevando acuestas a la otra mitad». (Y a pesar del caballo, algo así sucede).

Durante cosa de dos horas tiran, pues, de cada una de las dos cuerdas de cada red unas diez parejas de bueyitos rubios, de larga y abierta cornamenta, ocho tirando a la vez y dos de reveza. Y allá los véis caminar pausados por la fina arena que se les hunde bajo las hendidas pezuñas, maños y sufridos, agujados por estas mujeres descalzas con su ceñidor a medio vientre y su sombrerito de labradoras, un rodete. Ese ceñidor, una faja que se ponen sobre el vientre, bajo la cintura, es característico de las mujeres del Aveiro, sírveles acaso de apoyo en sus esfuerzos. Y el sombrero responde a la costumbre de llevar las cargas sobre la cabeza.

Y allá van los bueyes, arando el mar—y así le llaman, *lavar o mar*—, uncidos con estos curiosos yugos del

Norte y Centro de Portugal. No tiran con la testuz como en Castilla, sino con el cuello y la cruz de las espaldas, sobre las cuales se inclina el yugo, una pieza cuadrangular, de madera de alcornoque, llena de dibujos y tallados decorativos, en cuyo centro se destacan a menudo las armas de Portugal pasando sobre los bueyes.

Tales yugos son una de las cosas más curiosas que hay que ver por aquí. Varían sus motivos ornamentales, de trazado geométrico casi siempre, y en los que el señor Joaquín de Vasconcellos quiere ver un reflejo de la decoración romántica de las portadas de los templos. En Oporto ví el otro día que ha empezado a formarse una colección de estos yugos, lo cual es muy plausible, pero tiene a la larga un peligro, y es que, empezando a coleccionarse yugos en un museo, se acabe por construir nuevos modelos de ellos con destino a él.

¿No se hace acaso, con ocasión de un centenario, sellos para los coleccionistas? En cuanto el hombre da en coleccionar algo, ya este algo tiende a hacerse artificial y destinado a colecciones, sin que falte quien suponga si habrá un oculto dios marino entretenido en fraguar nuevos tipos de diatomeas para los que las coleccionan, o un dios Silvano fabricando nuevos insectos para los estomólogos. ¿No se hacen acaso tipos de perros para los *aperrados*?

Y, entre tanto, los buyecitos rubios, cabizbajos al peso de ornamentados yugos, soportando las armas de Portugal, siguen playa arriba, trillando la arena y tirando de las cuerdas de la red.

Cuando ésta aparece ya a la vista, aflorando las cercanas olas sus flotadores, empieza un vocerío rítmico y se van reuniendo hombres y mujeres. El vocerío éste tiene, como el que levantan al botar al mar las barcas, algo de rítmico, en efecto. Oyéndolo, y oyendo sobre todo el canto con que acompañan el remo, he llegado a sospechar si el *fado*, ese melancólico y quejumbroso canto portugués, que pa-

rece pedido de limosna al Todopoderoso, nació al compás del golpe del remo sobre las olas del *saudoso* mar.

Por fin aparece la red sobre la arena, arremolínase en su torno, y al abrirla chispea al sol la plateada masa, palpitante más que de vida, de agonía.

Y es un espectáculo trágico el de aquel montón de vidas expirantes que se agitan al sol, junto a las olas de que salieron, al rumor del *fado* eterno del mar. Traen sustento de vida a los hombres, y una vez más se nos aparece como un vasto cementerio ese océano donde acaso se inició la vida y en cuyo seno palpita poderosa. ¿Pero es que estas arenas mismas, lecho de muerte, no son en su mayor parte, acaso, restos de caparazones de seres en un tiempo vivos?

La arena misma, ¿no es un vasto cementerio? ¿No lo es el mar?

Y como hombre que lee, lleva, quieras que no, un pedante dentro, recordaba yo las teorías de Quintón sobre la cuna de la vida y cómo del mar salimos. ¿Volveremos al mar?

Métense hombres en la masa palpitante, hundiendo en ella sus bronceados pies, y a paladas, separando acá y allá algún pescado, van llenando los *rapicheles* o *redaños*, especie de cesto de red en que dos hombres para cada uno llevan la cosecha a tenderla en la arena, donde se hace el cernimiento por mujeres.

No puede ser mayor la analogía con una labor agrícola. Los bueyes sacaron del mar la mies del pescado, apareció en la arena como en la era la parva, y ahora viene el aventarla.

Sentadas en la arena van las mujeres haciendo el apartado. Lo más de lo que sacan es *espadilla* mezclada de cangrejos, y no vale más que para abono de las tierras; de veinticinco a treinta mil reis la redada, es decir, de 130 a 160 pesetas.

Si es sardina, llega a valer hasta 300.000 reis, esto es, unas 1.600 ptas.

Y como cosa extraordinaria, de esas que se recuerdan diciéndose, «en tal día de tal año...» se habla de alguna redada que valió un *conto*, mil duros.

Las gentes que del interior de Portugal y de España vienen a baños, escudriñan maravilladas la cosecha del mar, admirando las extrañas cataduras de tantos peces que nunca vieron, por lo menos vivos. Son de oír los comentarios de los de tierra adentro.

La multiformidad de la vida es un espectáculo de interés inagotable, y un placer de los más puros ver al natural, y en vivo, lo que acaso se vió en estampa, sin acabar de dar crédito a su existencia.

Hacen la selección de la pesca, y luego se subasta allí mismo, en la playa, y en el momento de la subasta aparece el hombre fatídico de uniforme, el odiado ministro del Estado, el implacable representante del Fisco. ¡Lo que cuesta ser nación, y nación pobre!

En una charla que tuve con uno de los pescadores, las dos palabras que más se le venían a los labios eran las de contribución y la de hambre. Por dondequiera les persigue el Fisco, forma la más concreta que para ellos toma el Estado.

Parte de la pesca va a la fábrica de conservas, y allí se les ve descabezando y destripando sardinas, cuyos sanguinolentos despojos quedan en la arena para las gaviotas, parte va a la venta al detalle y una parte mayor en carretas celtas para abono de los campos. Los cangrejos no tienen otro destino. Y aquellos mismos bueyecitos rubios, de larga y abierta cornamenta, que tiraron de la red, llevan a los campos, en unos carritos del más antiguo tipo, en unos carritos célticos, de ruedas macizas, haciendo una sola pieza con el eje, y con dos aberturas para aliviarlas del peso, el abono sacado al mar.

Así vuelve la muerte a dar vida, y así devuelve el mar a la tierra algo de lo mucho, de lo muchísimo que de ella los ríos llevan a su seno. Y luego veis en el campo, junto a un maizal, o junto a un linar de donde salen las redes, un montón de cangrejos o de espadillas, pudriéndose al sol para enriquecer la tierra.

Días pasados estaba yo en la playa viendo sacar las redes a la hora en que iba el sol a acostarse en sábanas de niebla sobre las aguas. Me aparté un poco del sitio donde vaciaban la red, para mejor gozar de la puesta del sol.

Una puesta de una solemne majestad religiosa. Al ir a acostarse entre las leves brumas del ocaso, iba cambiando de forma el globo de fuego, como bajo el toque de los dedos de algún invisible alfarero. Era, en efecto, como cuando la masa de arcilla va transformándose dentro de un tipo general de vasija, al toque del alfarero. Luego empezó a hundirse en las aguas, y cuando parecía flotar sobre éstas un pequeño lago de oro encendido, recorríanlo de extremo a extremo vagas sombras. Cruzaban el cielo, sobre las olas, algunas gaviotas avizorando los despojos de la cosecha, y en la arena tendidas las parejas de bueyes, mientras los hombres subastaban la pesca, rumiando aquéllos, afanándose éstos, veían indiferentes, sin mirar, la puesta del sol en el seno del Océano. En sus grandes ojos mansos, ojos homéricos, se ponía también el sol en un mar tenebroso.

¡Hermosa evocación! El sol muriendo en las aguas eternas y los peces en la arena, los hombres mercando su cosecha marina, el mar cantando su perdurable *fado*, los bueyes rumiando lentamente bajo sus ornamentados yugos, y, allá a lo lejos, las oscuras copas de los pinos empezando a diluirse en el cielo de la extrema tarde. Y junto a los pinos, en la costa, unos cuantos molinos de viento, sobrevivientes también de una especie industrial que empieza a ser fósil, moviendo lenta y tristemente sus cuatro brazos de lienzo.

Esta contemplación de la puesta del sol marino brisado por la canción oceánica, es una de las más puras refrigeraciones del espíritu; pero, al detenerme así a mirarle con interés, temo que saque de entre las olas un brazo de luz y, extendiéndomelo, exclame quejumbroso: *dez reisinhos, senhore!*

No he presenciado, gracias a Dios, tormenta alguna que haya cogido a los

pescadores en el mar, pero me dicen que es imponente espectáculo. Las mujeres chillan y lloran—aquí el canto es lloro y el lloro chillido,—acuden a la ermita de Nuestra Señora de la Ayuda y allí, de rodillas ante el templo cerrado, mezclan ruegos con imprecaciones.

¡Cuán diferente el espectáculo de la pesca aquí y en la costa de mi tierra, en la brava costa cantábrica! La botadura al mar de estas barcas seculares y la salida de las traineras de Bermeo, v. gr., son dos cosas que apenas se parecen. Como no se parece aquella costa de ásperas rocas a esta de blanda arena.

Del siglo XII al siglo XVI progresó la industria pesquera en Portugal. De las colmenas de pescadores salieron los navegantes, y las grandes navegaciones acabaron con las pesquerías. A mediados del siglo XIV, las ciudades de Lisboa y Oporto celebraron con Eduardo III de Inglaterra un tratado para el derecho recíproco de pesca en ambos países durante cincuenta años. Eran tiempos en que iban a la pesca de la ballena.

A principios del siglo XVI se acusa a la decadencia, como efecto de los grandes y gloriosísimos viajes. De ochenta barcas de pesca que había en Vianna en 1580, no quedaba ni una sola en 1619: todo lo arrastró la navegación al Brasil. Lo único que estas navegaciones les trajo para la industria pesquera fué el ir a los mares del

Norte a pescar bacalao, lo cual perdieron luego, recobrándolo posteriormente.

Iban los navíos portugueses en el siglo XVI a pescar bacalao en Terranova, y según el *Tratado das ilhas novas*, escrito por Francisco de Sousa en 1570, cuando esos navíos fueron entre 1520 y 1525 por primera vez allá, se perdieron sin que se supiera de ellos sino *por vía de biscoinhos que continuam na dita costa a buscar e a rescatar muitas cousas que nadita costa ha*. Hay quien dice—el P. Carvalho en su *Chorographia portuguesa* por lo menos—que los portugueses descubrieron Terranova; en mi tierra se oye decir que los balleneros vascos llegaban allá antes del primer viaje de Colón a América.

¡Qué tristeza infunde, después de recorrer con la memoria la espléndida historia de las glorias marinas de Portugal, la patria de los más grandes navegantes, fijar la vista en estos pobres mansos bueyecitos rubios tirando playa arriba las cuerdas de las redes, sumisas sus astadas testuces bajo los ornamentados yugos en cuyo centro brilla el blasón, un tiempo resplandeciente de gloria, de Portugal!

Miguel de Unamuno

Espinho, Agosto 1908.

(Del libro *Por tierras de Portugal y de España*.) Otros libros de Unamuno de venta en esta librería: *Contra esto y aquello*; *Soliloquios y Conversaciones*; *Amor y Pedagogía*.

Mi calle

Hace tantas tardes que llueve! Era desconsolador mirar a través de los vidrios de las ventanas: no se veía más que la red que tejía la lluvia al caer. Al asomarse, daba pena la calle tristonza con sus hileras de casas que tenían un aire abatido bajo la urna gris del cielo, sobre la que parecían pintados, negros y feos los alambres de la luz eléctrica.

Hoy ha cesado esa monotonía con la nota clara de esta tarde deliciosa.

La calle entera parece que ha sacudido el velo de tristeza que la envolvía y se hubiese puesto a cantar.

En el fondo, el crepúsculo ha puesto en el lienzo del ocaso sus colores más alegres. Bajo el cielo de un azul muy bajo pasaron en bandadas las golondrinas, llenando el aire con su quivid, quivid. Algunas se han posado en los alambres y aquello tomó el aspecto de un renglón escrito con signos graciosos sobre la página clara del cielo.

Los tejados tenían un brochazo de sol y a los helechos que crecen sobre ellos los mecía la brisa: parecían manos pequeñas que se agitaran con alegría.

Qué bello ha sido todo éso! Yo estaba feliz.

Tan contentos como las golondrinas han estado los niños de mi calle. Sus gritos se confundían con los gorjeos de las aves.

Un piano de la vecindad tocó un aire dulce y viejo.

Entonces un sentimiento infinito de ternura por mi calle ha invadido mi espíritu. Mi calle! Cuánto la quiero! En ella nací, a su sombra he crecido y en ella han vivido mis más grandes afectos.

He vuelto a ver, — bañada por la claridad hialina de esta tarde, — mi calle como estaba hace muchos años, cuando yo era una chiquilla, con sus filas de casas viejas que tenían aspecto de abuelas venerables y cariñosas y en las que vivían gentes que me amaban.

Lasque ahora me quedan al frente son unas casas nada bonitas, pero con pretensiones. En aquella época eran unos caserones sencillamente feos que tenían pequeñas ventanas de vidrios sucios y empolvados. Las paredes estaban encaladas y llenas de rajaduras negruzcas. Recuerdo que cuando estaba enferma y no me permitían salir, pegaba mi cara a los cristales de las ventanas de mi casa y me entretenía formando figuras fantásticas con las aberturas y grietas que lucían aquellos muros.

Yo me he dicho: Como sus dueños, esos viejos caserones cayeron y lo mismo que ellos dejaron lugar para otra generación de hombres, ellas han dado campo a otra generación de casas...

En uno de ellos vivía un par de ancianas que no olvidaré nunca. Las veo ahora a través de todo el tiempo que ha pasado, como si estuvieran ante mí: la una con su figurita suave, sonriente, de rostro pálido, agradable, hablándome con su vocesilla chillona y cariñosa. La otra era una mujerona alta, seca y que tenía un vozarrón de militar. Yo le tenía horror. Me parecía un hombre disfrazado de mujer.

En mi casa me habían enseñado a llamarlas «las niñas».

Vuelvo a mirar la gran sala sombría en la que resonaban los pasos, con sus inmensos armarios llenos de molduras y adosados a las paredes, sus muebles de resortes forrados en tela negra, viejos y derrengados y en las paredes los grandes retratos de señores de rostros alargados, graves, embutidos en enormes cuellos, destacándose sobre el fondo oscuro del lienzo. Y deslizándose a través de esta gran sala veo las figuras silenciosas y enlutadas de las dos ancianas.

Nita, la viejecilla dulce, era amiga mía. Me gustaba ir a buscarla para que me enseñara los tesoros que contenían los armarios: cálices, copones, misales, vestiduras sacerdotales que ambas tocábamos con manos devotas. Ella me decía que todo aquello había pertenecido a un hermano suyo, sacerdote, muerto hacía muchos años.

He tenido la ilusión de volver a sentirme hundida en uno de los grandes sillones de resortes, hojeando un librote cuajado de viñetas maravillosas y que Nita había sacado para mí de uno de los armarios, mientras me narraba con su vocecita temblorosa cual agua que gluglutea, el martirio de algún santo que leyera en «El año cristiano»; o bien curioseando en un pequeño cofre de madera olorosa en el cual dormían muchos recuerdos de Nita. Y en el cofre descansaban aquellos recuerdos, rodeados de un ambiente de paz semejante al que reina en esos rinconcitos de las iglesias de aldea, en donde una lamparilla florece tímidamente como una violeta... Ah! Que el corazón de Nita era la lámparilla que velaba las memorias que ella había podido arrebatarse al tiempo que huía con su vida hacia la eternidad. En el cofre de madera olorosa, ella guardaba devocionarios con tapas de cuero y broches dorados llenos de estampas casi todas de vírgenes arrodilladas ante una aparición luminosa que se destacaba sobre un fondo azul; flores secas que se desmenuzaban, al más leve contacto, cuyo

olor siento aun y que ahora me ha hecho pensar en la sencilla y casta historia de los amores de Nita. Cuando yo quería tocar aquellas flores y le preguntaba porqué las guardaba, apartaba mis manos, sonreía con su boca desdentada y yo me preguntaba si acaso iba a llorar. También el arca de mi vieja amiga, contenía retratos desdichados, de damas con el cabello recogido en la redecilla, que usaban el vestido con el corpillo completamente ceñido y llevaban crinolina, y retratos de señores parecidos a los que me miraban desde los lienzos que colgaban de las paredes. Las manos de Nita revolaban suavemente sus recuerdos o las reposaba sobre las hojas secas, mientras en su boca marchita parpadeaba una sonrisa. En mi memoria contemplo así, aquellas manos amarillentas, nudosas, parecidas a manojos de cirios a medio gastar y cubiertos de grumos. Las venas hacían su labor de encajes bajo la piel mustia. A veces tenían estremecimientos juveniles y se deslizaban llenas de amor por entre lo que le había quedado de la vida de su corazón.

Pienso con tristeza en todos los años que han pasado desde que ellas murieron. Las imagino durmiendo en sus nichos, con los rostros apergaminados, serios y tranquilos y las manos cruzadas con beatitud sobre el pecho.

¿Qué se han hecho los grandes armarios que en otro tiempo encerraron mis delicias y que me parecían llenos de misterios y encantamientos como

los que leía en mis cuentos de hadas? ¿En dónde están los libros que contenían viñetas maravillosas, en donde los copones y los cálces de plata y oro? ¿Qué ha sido sobre todo del arca que encerraba los recuerdos de Nita? Quisiera irme tras el destino de estas cosas inanimadas y queridas...

Los gritos alegres de los niños de mi calle han interrumpido mi viaje por el pasado. Veo casi con envidia las encantadoras pequeñas figuras agitándose en el centro de la calle. ¡Cuántas niñeces han florecido en ella después de la mía y de las de mis amiguillos! Ya no somos ni ellos ni yo los que cantamos:

«Doña Ana no está aquí
está en su vergel»...

Cuando los focos eléctricos se han encendido, recordé que hace muchos años, cuando «se prendían las luces», voces cariñosas nos llamaban porque era la hora de dormir, voces algunas de ellas que han enmudecido ha mucho tiempo.

Dónde estarán ahora mis camaradas de entonces? De algunos sé que han muerto, de otros que viven en lejanos países y de los más que se han casado.

Quizá aquellas de mis compañeras de la niñez que ya son madres, son las que esta tarde, en otras calles, al encenderse las luces de las esquinas, han levantado su voz cariñosa para llamar a sus hijitos que juegan frente a la casa.

1910

Carmen Lira

Notas editoriales

Santiago Argüello ¹

Su fisonomía apacible, franca y resuelta, es un compendio exacto de su incomparable mentalidad.

Hombre de afectos y devociones,

¹ Obras de Santiago Argüello que tenemos a la venta en la LECTURA BARATA: *Ritmo e Ideal—Viaje al País de la Decadencia.*

cuya vida es una página en la cual sólo hay escritos fuertes e inmaculados pensamientos, realiza en la práctica de las letras el ideal que siempre tuvo delante nuestra imaginación al evocar la sonreída y serena figura del poeta.

Santiago Argüello con sus versos hondamente soñadores, — versos de los mejores que actualmente se escriben

en esta América preñada de lirismos egregios, y con su vida modesta, afable, llena de altiveces gloriosas y de humildes arrogancias, vino a encender un faro de consuelo en el excepcionalismo nuestro que a fuerza de apurar desencantos, había llegado a creer que la manifestación artística era tan sólo el fuego fatuo que emerge del pantano.

No era posible concebir sin desgarrarse el alma, que los poetas, esos prodigiosos condensadores de belleza, no estuvieran por dentro iluminados por esa dulce luz que van proyectando sobre los lienzos de la vida.

Santiago Argüello, trovador de Nicaragua, es en nuestro concepto uno de los más altos poetas de la América.

Por eso al recibir la noticia de su próximo arribo a nuestro país, sentimos la fruición de una proximidad que nos da encanto.

Abiertos están nuestros brazos para recibirlo.

Epílogo

Para dar a los lectores de *RENOVACION* el sabroso regalo de la comedia de los jóvenes y arrogantes intelectuales Camilo Cruz Santos y Paco Soler, hubimos de reunir en uno los dos números correspondientes al presente mes de mayo.

Ello explica el doble tamaño de este número y la tardanza con que ha aparecido.

Esta revista, que aparte de su carácter informativo de las novedades librerías de nuestra empresa, tiene el muy señalado encargo de servir de casa propia a los trabajadores intelectuales jóvenes del país que han necesidad de un escenario para mostrar ante los ojos desmesurados de la incredulidad reinante el caudal de sus valiosas facultades, siente hoy viva complacencia en dar a conocer *La Iniciación*. Es esta obra, a nuestro ver, de las más bellas y acabadas del incipiente teatro costarricense, y bien merece ser conocida y juzgada en éste y en los distintos medios extranjeros a que la llevará en sus alas nuestra publicación.

De sus autores, sólo queremos decir por ahora que son jóvenes y que el miraje que tienen por delante es amplio y risueño. Agregaremos también que tienen alcance en los brazos y resistencia en las piernas, para escalar en breve plazo las misteriosas atalayas que cortan en dos la vida en el confin de su horizonte.

El almacén escolar

La procesión de niños que ambula en estos días por nuestras calles en busca de textos escolares que en ninguna librería se encuentran, nos ha hecho sentir la deficiencia del servicio que a la Enseñanza Pública presta el almacén escolar del Gobierno.

Respecto de la manera cómo ese establecimiento está administrado, nada podemos decir por carecer de datos seguros al respecto. Queremos suponer que las personas encargadas de su manejo emplean en él muy buena actividad. Pero es lo cierto que las casas librerías se abstienen de traer muchos libros y útiles escolares, por la amenaza que el citado almacén mantiene de importarlos y venderlos a un precio bajo con el cual los particulares no podrían competir. Y es natural; teniendo el Gobierno exención de derechos para sus importaciones y rebajos especiales en los fletes, el costo de sus mercaderías tiene que ser mucho más bajo que el de los demás introductores.

Excelente cosa sería ello, si el citado almacén mantuviera una existencia apropiada al consumo, de todos aquellos libros que las escuelas necesitan. Pero lo que este año ha ocurrido demuestra que en la práctica resulta defraudada la buena intención que el establecimiento de aquel almacén entraña.

La nueva administración debe, pues, tomar en cuenta esta deficiencia para dar a ese establecimiento una organización que lo ponga en condiciones de responder a los fines con que fué creado.

Seguiremos tratando del asunto.

Billo

BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO

LECTURA BARATA, LIBRERIA DE FALCO, ZELEDON & Cía.

LAS NOVEDADES DE LA QUINCENA

QUEIROZ, ECA DE

<i>Los Maias</i> , 2 tomos.....	¢ 1 50
<i>El crimen del Padre Amaro</i> , 2 tomos.....	1 50
<i>Epistolario</i>	0 50
<i>El primo Basilio</i> , 2 tomos....	1 50
<i>El misterio de la carretera de Cintra</i>	2 00

PIÑEIRO, ENRIQUE

<i>Bosquejos, retratos y recuerdos</i>	1 65
<i>El romanticismo en España..</i>	1 65
<i>Vida y escritos de Zenea.....</i>	1 65
<i>La dominación de España en América</i>	1 65
<i>Los Lusitadas</i> , por Luis de Ca- moens.....	3 25
<i>Parnaso colombiano</i> , 2 tomos ...	8 25
<i>El Alcorán Otomano</i>	4 85
<i>Los españoles en París</i> , por Luis Bonafoux.....	1 50

ZOLA, EMILIO

<i>L'Assomoir</i> , 2 tomos.....	1 00
<i>Trabajo</i> 2 tomos.....	2 00
<i>Fecundidad</i> , 2 tomos.....	2 00
<i>París</i> , 2 tomos.....	2 00
<i>Roma</i> , 2 tomos.....	2 00
<i>Lourdes</i> , 2 tomos.....	2 00
<i>Magdalena Ferat</i>	0 75
<i>La Debacle</i> , 2 tomos.....	1 50
<i>La Obra</i> , 2 tomos.....	1 50
<i>Los misterios de Marsella</i>	0 75
<i>Teresa Raquin</i>	0 75
<i>La fortuna de los Rougon</i> , 2 tomos.....	1 50
<i>Cuentos a Ninon</i>	1 50
<i>Nuevos cuentos a Ninon</i>	1 50
<i>Cuentos fantásticos</i> , por Edgard Poé.....	1 50

PARDO BAZÁN, EMILIA

<i>Insolación</i>	1 80
<i>Morriña</i>	1 80
<i>La dama joven</i>	1 50

MARAGALL, JUAN (en catalán)

<i>Traducciones de Goethe</i>	2 50
<i>Escrits en prosa</i> , 2 tomos....	5 00
<i>Foesies</i> , 2 tomos.....	5 00
<i>La humilde verdad</i> , por G. Mar- tínez Sierra.....	1 50

ROJAS, RICARDO

<i>Cosmópolis</i>	1 65
<i>El país de la Selva</i>	1 65
<i>El filibusterismo</i> , por Rizal....	1 50
<i>Pensamientos</i> , por Blas Pascal..	1 50

TOLSTOI, LEON

<i>Ana Karenine</i> , (2 tomos em- pastados).....	3 00
<i>La guerra y la paz</i> , 3 tomos.	4 50
<i>El poder de las tinieblas</i>	0 75
<i>Los cosacos</i>	0 75
<i>Resurrección</i> , 2 tomos.....	1 00
<i>La revolución rusa</i>	0 50

VIDA ANECDOTICA Y PINTORESCA DE LOS GRANDES ESCRITORES.

<i>H. de Balzac</i>	1 00
<i>George Sand</i>	1 00
<i>Lord Byron</i>	1 00
<i>Tolstoi</i>	1 00
<i>Goethe</i>	1 00
<i>Baudelaire</i>	1 00
<i>A. de Musset</i>	1 00
<i>Stendhal</i>	1 00
<i>Victor Hugo</i>	1 00
<i>Voltaire</i>	1 00

RENAN, ERNESTO

<i>Ma soeur Henriette</i>	2 90
<i>Lettes intimes</i>	3 50
<i>Feuilles détachées</i>	3 50

Correspondance, por Carlyle et

Emerson.....	2 00
<i>Educación de las madres de fa- milia</i> , por Aimé Martín.....	2 75
<i>Opúsculos</i> , por F. Pi y Margall.	2 00
<i>El libro de los elogios</i> , por Anto- nio Palomero.....	1 25
<i>La creación de un continente</i> , por Francisco García Calderón	1 50

FABRE, J. H.

<i>Souvenirs entomologiques</i> , 10 tomos.....	18 00
<i>Chez les insectes</i>	2 00
<i>Le Ciel</i>	2 00
<i>Les Auxiliaires</i>	2 00
<i>Moeurs des insectes</i>	2 00
<i>Vie des insectes</i>	2 00
<i>Les ravageurs</i>	2 00

BIBLIOTECA DOMENECH

CON POCO DINERO

PUEDEN CUALQUIERA HACERSE DE UNA INTERESANTE BIBLIOTECA

Cada tomo *lujosamente empastado*, no vale más que 50 céntimos

AGENCIA EXCLUSIVA EN CENTRO AMÉRICA,

LECTURA BARATA, FALCÓ, ZELEDÓN & CÍA

OBRAS PUBLICADAS:

- | | |
|---|--|
| ALMAS ANÓNIMAS, Eduardo Marquina | APUNTES DE UN DESCONOCIDO, 2 tomos,
Fedor Dostoyeuský |
| MANZANA DE ANÍS, Francis Jammies | LAS CEREZAS DEL CEMENTERIO, G. Miró |
| EL CASO LEAVENWORTH; esta obra consta de dos tomos, A. K. Green | EL ESPADA MONTES, Frank Harris |
| JACOBÉ, Joaquín Ruyra | JERUSALÉN EN DALECARLIA, S. Lagerlöf |
| ZALACAÍN EL AVENTURERO, Pío Baroja | LA VOZ DE LAS CAMPANAS, C. Dickens |
| JUVENTUD DE PRÍNCIPE, W. M. Förster | HISTORIAS DE LOCOS, Miguel Sawa |
| TOM SAWYER, DETECTIVE, Mark Twain | NERTO, Federico Mistral |
| EL AMOR CATEDRÁTICO, G. Martínez S. | ANSIAS DE VIDA, Luis Q. Huertos |
| LA ENJUTA, Víctor Catalá | NUESTRAS HERMANAS, Henri Lavedan |
| ¡DIOS SALVE A LA REINA!, Allen Upward | ¿CULPABLE?, W. Le Queux |
| LA BELLA DORMÍA EN EL BOSQUE, François de Nion | EL LUNAR, Alfredo de Musset |
| REBELDÍA, Joaquín Dicenta | POR LA VIDA, J. Pous y Pagés |
| EL SEÑOR DE HALLEBORG, Hedenstjerna | LAS ROCAS BLANCAS, Eduardo Rod |
| KOLSTOMERO, Conde León Tolstói | SU MAJESTAD, Henri Lavedan |
| CASA POR ALQUILAR, Carlos Dickens | EL CADÁVER VIVIENTE, León Tolstói |
| MINNIE, Andrés Litchtenberger | EL REFLUJO, R. L. Stevenson |
| EL DRAGÓN DE FUEGO, Jacinto Benavente | ALMAS EN PENA, Bjornstjerne Björnson |
| ERNESTINA, Prudencio Bertrana | ERÓTICA, B. Morales San Martín |
| BODA OFICIAL, R. H. Savage | RELATO DE UN NIHILISTA, A. Tchekov |
| EL HURTO SABROSO, novela árabe, traducida por José Carner | EL CUPÓN FALSO, León Tolstói |
| REV EN LA TUMBA, Anthony Hope | MARÍA, Jorge Isaacs |
| FAUSTO, Ivan Turgueneff | DEL HUERTO PROVINCIANO, G. Miró |
| EL SILENCIO, Eduardo Rod | EL SECRETO DEL AHORCADO, C. Dickens |
| | BALADA, R. Sánchez Díaz |
| | EL ABISMO, C. Dickens y W. Collins |

Se atienden órdenes por correo si van acompañadas del importe

LIBRO DE CARMEN LIRA

Deseo que se me considere como suscriptor a la obra de esta escritora nacional. Tomaré ejemplar.....

Nombre Dirección